

COLOMBIA

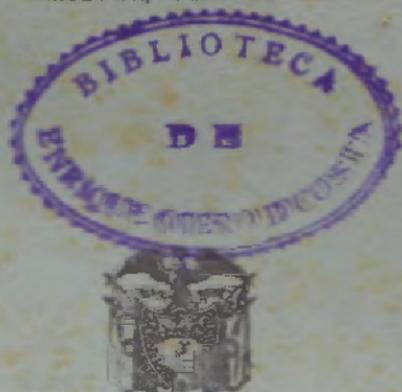
RASGOS BIOGRAFICOS

DEL GENERAL DON COSME MARULANDA

COMPILADOS Y ESCRITOS

POR EUSEBIO RESTREPO R.

MARULANDA, MARZO DE 1927



BOGOTA

IMPRENTA NACIONAL

1927

RASGOS BIOGRAFICOS

DEL GENERAL DON COSME MARULANDA

COMPILADOS Y ESCRITOS

POR EUSEBIO RESTREPO R.

MARULANDA, MARZO DE 1927



BOGOTA

IMPRESA NACIONAL

1927

A MANERA DE PROLOGO

Si es de justicia y conveniencia sociales recordar la vida e imitar los hechos de aquellos varones que por su virtud y patriotismo han descollado de entre el informe montón de sus conciudadanos, no se extrañará el que queramos hacer esto con uno de aquellos que, no sobresaliendo por sus luces, que en realidad no las tuvo, y sí por su inmaculada vida y sus patrióticos hechos, ha dejado modesta pero luminosa estela entre sus compatriotas.

Y no se crea que queramos llevar a la apoteosis a un individuo de problemática virtud, de discutibles méritos y menguada probidad; se trata de un hombre que, sin ser una lumbrera como sus ilustres primos Juan de Dios de Aranzazu y Gutiérrez González, se elevó por sus virtudes cívicas a una envidiable altura. Se trata del que, siguiendo las huellas de sus tíos Eduardo y Elías González, fue gran benefactor de la humanidad doliente, fiel y desinteresado amigo, esposo y padre modelo y patriota hasta llegar a la sublimidad. Ese fue el General don Cosme Marulanda y González.

Y no le llevaremos en nuestro modesto estudio a esas cumbres que ocupan los grandes genios en estos tiempos en los que se subliman mediocres caracteres y en los que se erigen monumentos grandiosos y lápidas conmemorativas a individuos de ideas subversivas y discutible virtud; narraremos la modesta vida y hermosos hechos de un hijo de la montaña, que supo hacerse grande, simpático y popu-

lar a todos sus conferráneos; y conste que no es la montaña la que enaltece a hijos indignos; allí hay buen criterio y exquisito gusto para seleccionar tipos y acendrar individualidades.

No se aguarde en este pobre bosquejo exactitud en las fechas, nimiedad y precisión acabada en los acontecimientos que se relatan: haremos lo que el viajero que al subir a nuestros Andes, contempla el panorama que se desarrolla ante su vista; y que apenas si se da cuenta de la suntuosidad y belleza del paisaje sin entrar en pormenores; observa los puntos salientes que puedan ser vistos de paso, y le queda siempre la ingrata idea de dejar mucho por ver y admirar en el jirón de patria que se desenvuelve ante su vista. Así nos quedará siempre a nosotros la pena de no hacer un trabajo completo por nuestra reconocida insuficiencia y falta de datos precisos.

Y ¿porqué, se pregunta, acometemos la empresa mediando estas circunstancias? Pues por espíritu de justicia, por cariño imborrable y amor imperecedero al tipo más perfecto de hidalguía, generosidad y acendrada virtud que han conocido nuestras montañas. Conviene que sus ejemplos perduren; que su recuerdo viva de generación en generación, sin dejar que el olvido extienda su fatal manto sobre tan simpática personalidad; y por la potísima razón de no existir, que sepamos, nada escrito en referencia al General Marulanda. Es verdad que el doctor José María Samper, con su brillante pluma, trazó algunos rasgos de esa importante vida; pero ese folleto, a lo que entendemos, de escasa tirada y muy deficiente, no se conoce entre nosotros.

Nuestra buena y decidida voluntad suplirá nuestra falta de idoneidad y escasez de datos.

Es una verdad axiomática que hay diversas clases de celebridad; es también inconcusa verdad que la celebridad es más o menos grande, más o menos simpática, más o menos o nada benéfica para la humanidad, según las circunstancias y motivos por los cuales han descollado o descuellan las personalidades que se han hecho a este título a través de las edades. Así, por ejemplo, se hizo célebre Eróstrato incendiando el famoso templo de Diana en Efeso; se hizo notable Calígula por sus bestiales excentricidades; descolló del común de las gentes Nerón por sus crueldades para con su familia, su ridícula presunción y orgullo vano, como por su sed insaciable de sangre cristiana. De otro lado se han hecho grandes, hasta llegar a recibir nuestro culto, los santos que, por sus heroicas virtudes y su perfección, han rebasado los lindes de lo común y corriente entre los hombres, para acercarse en lo posible e imitar a su excelso e incomparable modelo: Dios.

De modo que en este asunto de celebridad hay diversos títulos y diversas gradaciones, según las tendencias y aspiraciones del hombre que, al correr de los tiempos, ha querido y sabido hacerse excepcional al ser comparado con los demás seres de su especie.

Sentados estos principios, y haciendo abstracción de tiempos, lugares y condiciones, vamos a estudiar la vida de un hombre que se hizo amar y respetar de sus conciudadanos, haciéndose por consiguiente célebre entre ellos, por su inmaculada virtud, su grande y desinteresado patriotismo, su inagotable generosidad y sus raras y excepcionales cualidades públicas y privadas. Vamos a estudiar la hermosa vida, raro carácter y bellas prendas morales del que en vida se llamó Cosme Marulanda.

Nació el General Marulanda en la Ceja del Tambo, del hoy Departamento de Antioquia, en el año de 1810. Era hijo de don Francisco Marulanda y doña Ana María González; este don Francisco fue hijo de don Juan Prudencio, español de nacimiento, puesto

que era oriundo de la ciudad de Santander en la Península española; se ve, pues, que don Cosmito, como le llamaban por afecto muchos de sus admiradores, perteneció a una de las familias más esclarecidas que colonizaron y poblaron nuestro Departamento.

En sus primeros años, y en su pueblo natal, recibió aquella escasa y rutinaria educación que se daba en aquellos remotos tiempos a los niños de su clase: catecismo, lectura, escritura y algunos rudimentos de aritmética; con semejante educación, él no brilló, como no podía brillar en el sendero de las letras; pero si se atiende a que poseía muy buen talento natural; afición bastante a la lectura de buenos autores, y roce continuo con la buena sociedad en los puntos que le tocó habitar, se comprende que estas felices circunstancias le hicieran conocer sus deberes para con la Patria, haciendo de él un inmejorable ciudadano y un sincero y leal amigo.

En esos primeros tiempos de su vida vivió en La Ceja, al lado de sus buenos padres, en la finca que ellos poseían en la población dicha, aleccionándose en la lucha por la vida en las tareas campesinas, sin considerar que esto lo hiciera descender de su nivel social. Jamás a los hijos de Antioquia se les ha ocurrido que el trabajo, por rudo y penoso que él sea, haga desmerecer a nadie en consideraciones y respetos; por el contrario, ese ha sido hermoso timbre y bella cualidad que siempre se ha tenido en cuenta para valorar los méritos de cada individuo.

Ya hombre formado, y sintiendo en su pecho ese deseo que pudiéramos llamar innato en todo antioqueño, de hacerse a buena posición pecuniaria y mejorar de fortuna, se trasladó a la entonces incipiente ciudad de Salamina, en donde se estableció, consiguiendo y montando la hermosa y productiva hacienda de *El Cedral*, en donde pasó la mayor parte de los años de su fructuosa vida.

Allá por el año de 1839 le volvemos a encontrar en la ciudad de su nacimiento con el objeto de desposarse, como en efecto lo verificó, con su parienta, la noble e incomparable dama doña Nicolasa Llano, con la cual pasó desde aquella época a su residencia de Salamina.

La primera vez que al General Marulanda le tocó mostrar su patriotismo por medio de las armas, fue en la época nefasta de los años de 40 y 41, época en la cual el General Obando quiso cortar de un tajo el nudo gordiano de la causa que se le seguía por el

luctuoso y triste asesinato del Gran Mariscal Sucre, declarándole la guerra al Presidente doctor Márquez; pretextando para tamaña iniquidad, falta de garantías para defenderse y apasionamiento en los jefes que seguían la causa y debían juzgarlo.

Derrotado el Coronel Vesga de la ciudad de Honda, que ocupaba con fuerzas de la revolución, por el General Joaquín París, se echó río abajo con los restos de su columna, y por Nare entró a Antioquia, ocupada por su amigo y compañero de armas e ideas, Coronel Salvador Córdoba, hermano del malogrado e invicto General del mismo apellido, del héroe de Ayacucho.

Habiendo resuelto Córdoba seguir al Cauca a reunirse con su principal, Obando, dejó a Vesga encargado del mando de Antioquia durante su ausencia. El entonces Sargento Mayor Braulio Henao, prócer de nuestra independencia, se levantó en favor del Gobierno legítimo y de las instituciones patrias, teniendo por seguidores a los pueblos del sur de Antioquia y del Cantón de Marinilla; y habiendo reunido cosa de trescientos hombres en Abejorral, partió hacia el Sur seguido de cerca por Vesga y su columna; al llegar a Salamina, lugar escogido de antemano por Henao y los suyos para combatir, vuelven caras repentinamente sobre Vesga y su gente, y con una vigorosísima carga, derrotan totalmente la columna que los perseguía, quedando con este brillante hecho de armas libre Antioquia de enemigos de las instituciones. En este combate tuvo don Cosmito su bautismo de fuego, peleando como simple soldado a las órdenes de Henao.

Cuando en el año de 51, a consecuencia de la deplorable exaltación a la Presidencia de la República del General López, y de haberse establecido los retozos democráticos en el Cauca, que pusieron en planta en esa sección de la República el régimen del perrero, y cuyo sistema, exasperando a los pueblos, los llevó a la desesperación, trayendo por consecuencia el levantamiento de éstos contra el régimen de oprobio impuesto a los ciudadanos a ciencia y paciencia de los gobernantes de entonces, el General Marulanda siguió a su antiguo Jefe Henao luchando en favor de sus principios, hasta que el General Borrero, con sobra de imprudencia, se dejó vencer por el General Herrera en el cementerio de Rionegro. Perdida la causa que con tesón defendía, volvió a su hogar, resignado y contento, a seguir la lucha por la vida; contento se ha dicho, pues el

hombres, no disponiendo él sino de doscientos; y fueron tales su constancia y arrojo, que sólo les abandonó el campo cuando se le agotaron absolutamente sus pertrechos.

Retirado con su fuerza a Girardota, allí se puso de acuerdo con el doctor Pedro Justo Berrío para volver sobre Santo Domingo, procurando evitar el avance de la invasión mientras llegaba la 3.^a División, que ya se ha dicho se hallaba en el Cauca y que había sido llamada con premura. Así le vemos, otra vez peleando en Rumazón y luégo en Playas, en las goteras de Santo Domingo.

En este último combate la Providencia le salvó la vida, pues disparado un proyectil de cañón por la artillería enemiga, le perforó los pantalones sin herirle, cosa que huele a milagro; y lo digo, aun cuando rían un poco los espíritus fuertes y despreocupados, que abundan por desgracia en esta tierra de Dios.

Llegada la 3.^a División a Santo Domingo, se dio la batalla de este nombre, en la cual fue totalmente desbaratada la invasión que tan malos ratos había dado a los buenos patriotas antioqueños.

Después de la batalla de Santo Domingo, y habiendo regresado Henao al Cauca, Marulanda volvió al sur de Antioquia por haber habido en esa región algunos pronunciamientos en contra de la legitimidad; y habiendo seguido esos pelotones de pronunciados al Tolima, él los persiguió hasta Mariquita, en donde logró hacerlos prisioneros y volvió con ellos a Salamina con asombrosa celeridad.

Cuando en el aciago combate de Santa Bárbara de Cartago, en el cual fue destrozada la División antioqueña mandada por el General Henao y por el entonces Gobernador Giraldo, quien perdió la vida en este desgraciado combate, y cuyas eximias virtudes, patriotismo y valor fueron proverbiales en esas épocas de prueba para todos los antioqueños amantes de su suelo y de la libertad basada en la justicia, el General Marulanda se hallaba en Ríoclaro, perteneciente al Distrito de la aldea de María, persiguiendo algunas partidas volantes del enemigo que se hallaban en esa región.

Una vez por todas hemos de decir que Marulanda, conseguido el triunfo o sufrida la derrota de los ejércitos que defendían sus ideales, volvía a su hacienda a empuñar el hacha y la azada y a continuar sus tareas campestres, dando de ese modo a sus conterráneos hermosos ejemplos de laboriosidad y honradez.

después de habérselos dado de patriotismo desinteresado, acaudrado valor y civismo recomendables.

Alguien ha comparado a Marulanda, tomando por pie las iniciales de su nombre y apellido, y ha dicho: Cincinato moderno; y a fe que no le ha faltado razón; es una comparación gráfica y por demás exacta. En efecto, aquel célebre romano, toda vez que su patria necesitaba de sus servicios, enviaba emisarios en su busca, los que le hallaban siempre al pie de su yunta de bueyes cultivando sus campos, haciéndoles producir doradas espigas y sazonados frutos; esto mismo hacía el General Marulanda al terminar sus campañas, sin pretender gajes o empleos públicos, los que miraba siempre con absoluta indiferencia: volvía a su hogar, al lado de los suyos, a continuar esa otra lucha por la existencia, proporcionándole gratas fruiciones, abundancia y holgura.

Ya llegamos por fin a la época en la cual Antioquia pudo romper las cadenas con que la encadenara el tráfuga General Mosquera. Yo no pretendo en manera alguna justificar las rebeliones que a través de los tiempos han agitado las sociedades derrocando gobiernos más o menos bien cimentados, más o menos propios para hacer la felicidad de los pueblos; yo sólo diré que éstos, llevados a la desesperación y a la locura; al ser oprimidos y vejados por los mismos que debieran hacer su felicidad; al ver sus derechos conculcados; al ver que se atenta contra lo más sagrado que tenemos, la religión; contra lo más delicado e interesante, la buena enseñanza de la juventud, no les queda otra senda practicable que la insurrección, que hará respetar sus altares y dará enseñanzas bienhechoras y saludables a la niñez y a la juventud, basadas en las doctrinas del Salvador. Eso pasó a los antioqueños en esa época; se les ofreció el siguiente dilema: o consentimos en que nuestros altares rueden por el suelo y la educación de nuestros hijos sea atea y materialista, o derrumbamos el Gobierno, que tan inicuas pretensiones abriga para con nosotros. Optaron por lo segundo.

Que hablen y califiquen el hecho los moralistas, mientras nosotros seguimos relatando lo sucedido en aquella época de trascendentales hechos que trajeron alegría y contento a la mayor parte de los habitantes de nuestro Estado.

Esta revolución del 64 en Antioquia fue tan popular que a los pocos días de haberse iniciado, ya tenía ejércitos en todos los puntos cardinales del Estado: en el Norte, los Berríos y Vélez; en el Centro y Occidente, los Cárdenas, Restrepos y Escobares; en Oriente, los Gómez y Duques; en el Sur, los Gutiérrez, Marulandas, Estradas, etc., etc., formaban núcleo de soldados voluntarios que, si no se distinguían por su disciplina, cosa imposible en ciudadanos que abandonaban sus tareas para enrolarse en las filas restauradoras; en cambio, su decisión y entusiasmo eran magníficos, augurando con estas condiciones prontos y excelentes resultados.

Don Cosmito salió de su hacienda de *El Cedral* con sus arrendatarios, y habiendo sorprendido a la Prefectura de Salamina, hizo presos a todos sus empleados, quedando con este afortunado suceso en libertad de seguir organizando sus columnas para marchar al centro de Antioquia, a los cuatro días de su pronunciamiento, situando su campo en Altopelado, para desde allí ponerse de acuerdo con sus compañeros de armas sobre las operaciones que debieran desarrollarse ulteriormente; en este interregno fue a Santa Bárbara, en donde a la sazón había una montonera de liberales, a la cual logró batir poniendo presos a la mayor parte de los que la componían.

Cuando esto sucedía, los Generales Berrío y Vélez daban la célebre batalla de Yarumal, en la cual fue totalmente vencido el General Plaza, Jefe de las fuerzas liberales en el Norte. Sabido esto por el Gobernador, doctor Pascual Bravo, que en esta emergencia desplegó una actividad, valor y decisión dignos de mejor causa, resolvió atacar las fuerzas de Oriente y algunas del Sur situadas en la quebrada de *Cascajo*, a inmediaciones de Marinilla; y al efecto movió sus fuerzas sobre el punto dicho, pretendiendo, o triunfar de dichas fuerzas o abrirse paso para el Exterior. Ya empeñado el combate y sabida esta ocurrencia por los Generales Córdoba Joaquín María y Marulanda, situados, como se ha dicho, en Altopelado, volaron en auxilio de los suyos, logrando con tan oportuna intervención el más hermoso y completo triunfo de las armas restauradoras. Allí murió el célebre doctor Bravo, Gobernador, como se ha dicho, del Estado, luchando con decisión y heroísmo dignos de causa distinta, como ya queda indicado.

Aniquiladas por este hecho de armas todas las fuerzas liberales del Estado, pero no sabiendo si el Gobierno General intervendría en esta doméstica contienda, don Cosme recibió orden de volver al Sur a organizar batallones con qué hacerle frente a las fuerzas nacionales en el caso de que el Gobierno de Bogotá improbara el nuevo orden de cosas establecido por los sucesos que dejamos relatados. Como se supiera que el Gobierno General se abstenía de la intervención, y que, por el contrario, reconocía el nuevo Gobierno establecido por la reacción, nuestro General disolvió sus fuerzas y volvió incontinenti a sus tareas habituales.

Cuando en el año de 66 el General Mosquera, pisoteando la Constitución y las leyes patrias, y dando pábulo a su desinesurza y antipatriótica ambición, se proclamó dictador en Bogotá, volvió nuestro Cincinato en cumplimiento de ineludibles deberes patrios, volvió, decimos, a cambiar sus instrumentos de labor por las insignias de General, organizando en consecuencia batallones en el sur de Antioquia para seguir a ayudar a debelar la funesta y execrable dictadura, marchando con ellos hacia la capital de la República. Corta fue su campaña en esta ocasión, pues en el paraje de Patogrande, perteneciente hasta hace poco al Departamento del Tolima, se tuvo noticia de la prisión del dictador y de haber vuelto la República a su normalidad; en consecuencia Marufanda regresó a Salamina y licenció inmediatamente después de su llegada a los voluntarios que lo acompañaran en esta semicampaña.

Siempre ha tenido la costumbre el partido liberal colombiano de extremar sus ideas antirreligiosas y aquellas que se refieren a la enseñanza de la juventud; con esto se ha perdido y nos ha perdido, pues la vida de los colombianos en los pasados tiempos ha sido triste y dolorosa por demás; que lo digan esa serie de revoluciones que han azotado al país desde su cuna, es decir, desde que se constituyó en República independiente; que lo digan las lágrimas y sangre vertidas a torrentes en los campos de batalla, en esos campos de desolación y muerte que han convertido a nuestra pobre patria en inmenso cementerio, en triste panteón donde han quedado sepultadas nuestras mejores glorias, nuestra florida juventud. Estas y no otras fueron las causas de la guerra del 76.

Efectivamente, el establecimiento de escuelas laicas, de escuelas sin Dios ni elementos de positiva moral en el Estado del Cauca, en

el año dicho, exasperaron, hasta llevarlos a la desesperación, a los buenos padres de familia de aquella sección del país; esto unido a los vejámenes de toda especie de que se hizo víctima al partido conservador del resto de la República; las elecciones que en aquellos tiempos eran verdaderos combates, y en las cuales no se tenían en cuenta las mayorías abrumadoras de algunas secciones, pero qué digo las mayorías, ni aun las minorías, pues hubo Congreso en el cual no hubo Diputados conservadores; todo esto junto, y más que se calla, precipitaron al Estado dicho en la revolución que fue secundada por los Gobiernos de Antioquia y Tolima, como por todos los conservadores de las otras secciones del país.

Dados los antecedentes del General Marulanda, no podía hacerse, como no se hizo, sordo al llamamiento de su Gobierno; abandonó, pues, sus labores campestres y voló a organizar fuerzas para ayudar a sus hermanos del Cauca en la lucha empeñada; sin tiempo para disciplinar sus huestes, hizo lo que pudo a este respecto en unos pocos días, y siguió al Cauca, adonde lo habían precedido ya algunas fuerzas antioqueñas, hasta llegar a *Los Chancos*, lugar éste donde el 31 de agosto del año anotado se empeñó la desgraciada y funesta batalla de este nombre, mandada por parte de la coalición conservadora por el General Joaquín María Córdoba, y por parte del Gobierno del Cauca, por el General Julián Trujillo; batalla que terminó en dolorosa derrota para las armas conservadoras.

El General, valiente y audaz como siempre, llegó en su avance hasta las toldas enemigas; pero viendo que sus compañeros le abandonaban a pesar de sus órdenes, ruegos y súplicas para que siguieran acompañándole, salió el último del sangriento palenque llevándose en su retirada diez cargas de parque que trajo hasta Manizales.

Cuando el General Vélez siguió al Tolima a librar la problemática e indescifrable batalla de Garrapata, el General quedó formando parte con sus fuerzas de la línea de defensa establecida en las márgenes del Otún, cerca de la ciudad de Pereira; línea que tenía por objeto evitar el avance de las fuerzas caucanas hacia la ciudad de Manizales; por desgracia, esta línea hubo de abandonarse algún tiempo después, replegándose las fuerzas de que se componía a la frontera antioqueña, por haber seperdido, con el fatal acontecimiento del Alto del Nudo, cerca de Segovia, la seguridad de aquellas fuerzas, cuya posición quedaba flanqueada con el acontecimiento expresado.

El General efectuó su ineludible retirada en perfecto orden, sin perder en ella ni un soldado ni un cartucho.

Vuelto a Manizales, como queda dicho, después de la retirada de Otún, el General fue destinado en compañía del egregio General Manuel Casabianca, a establecer una línea de defensa en territorio de la entonces incipiente población de Manizales; línea que se extendía por las dos márgenes del río Santo Domingo y las cumbres adyacentes, tocándose a Marulanda establecerse en el punto de Palmichal, en el camino que de Manizales conduce al Fresno, y a Casabianca, en la margen izquierda de dicho río y en la cumbre llamada El Requintadero. Esta línea de defensa se estableció para impedir la entrada a Antioquia de la invasión que a órdenes del General Santos Acosta amagaba por aquel lado la seguridad del Estado.

Allí tuvieron que pelear rudamente los dos expresados Generales, pero mantuvieron a raya en los puntos indicados al enemigo, que trataba de empujarlos al interior de Antioquia. Marulanda libró la batalla de Palmichal, que si no brillante por las circunstancias, de lugar y número de fuerzas contendoras, sí fue feliz en sus resultados, pues se logró el éxito que se deseaba alcanzar.

Algún tiempo después, y ya en las postrimerías de la revolución, el General recibió orden de trasladarse a las márgenes del Cauca al punto de La Cana, y luego al de Bujú, a tratar de contener el empuje de la invasión que a órdenes del General Eliseo Payán se mostraba amenazante después del triunfo de dicho General en Bateros, cerca de Ríosucio.

Por este tiempo ya el General Vélez se hallaba en Jericó con el objeto de lograr los fines que se apuntan en el aparte anterior, y allí fue llamado Marulanda por Vélez; en camino se hallaba para dicha población cuando se supo la nefasta y dolorosa capitulación de Manizales, verificada entre los Generales Cuervo, como representante de los conservadores de Antioquia, Cauca y Tolima, y Trujillo, General en Jefe de las fuerzas invasoras. *

Por este convenio o capitulación se entregó Antioquia al furor y lamentable estrago de las hordas de negros caucanos que hicieron del pobre Estado el palenque de los más inauditos desafueros y desmanes, difíciles de narrar; baste sólo decir que aquel que escapaba con vida podía quedar satisfecho; ataques a la propiedad y a la hon-

ra de las personas; maltratos de palabra y obra aun a los más esclavizados ciudadanos; todo se puso en planta para convertir a Antioquia en vasto erial de crímenes, lágrimas y sangre.

Y ya que hubiera seguido gobernando esta sección del país el General Trujillo, menos malo, por ser éste hombre educado y de mejores principios de humanidad y filantropía; pero pronto entró a sojuzgarla el ciudadano General Tomás Rengifo, funesto azote con que la Providencia quiso castigar a la infortunada tierra en aquella época de dolorosa recordación.

Aquél se estrenó con sus injurias al clero, como seguramente no lo ha hecho otro en Colombia; el detentador de los bancos de Medellín, institución ésta respetable y respetada por todos los gobiernos; aquél que para obrar sin rubor contra la Constitución la colocaba debajo de la mesa de su despacho, juzgando, insensato, que con tan pobre ardid allanaba su camino de depredaciones y desgobernio, era el hombre mejor calculado para llevar a la locura al valeroso y altivo pueblo antioqueño, que en un raptó de desesperación suma e imponderable angustia, se lanzó a la más descabellada y peor tramada de las revoluciones del país; baste decir que se contaba para el alzamiento con personalidades de gran peso en el liberalismo bogotano, y aun con algún batallón de la Guardia Colombiana, el *Quinto de Vargas*, que al fin no cumplieron su promesa y fueron doblemente traidores.

Estas amalgamas y componendas dan casi siempre deplorables resultados; y por excepción, alguna que tenga efectos apetecibles y bienhechores. Es que la traición, por regla general, es espada de dos filos, que tan pronto hiere al amigo como se vuelve contra el adversario. La historia de la humanidad nos saca garantes de esta aserción.

Y llegó pues el día señalado para el alzamiento en que venimos ocupándonos, 25 de enero de 1879, y sucedió lo que siempre ha sucedido en Antioquia cuando el clarín conservador toca llamada y reunión; esta vez fue popularísimo el movimiento; en términos que en pocos días las montoneras de pronunciados pululaban por todos los ámbitos del Estado; pero la escasez de armas y municiones, la indisciplina y el prurito de algunos Jefes que quisieron cosechar ellos solos los laureles de la victoria, obrando con impaciencia y atropellamiento inauditos, produjo la triste pero natural e irremedia-

ble acción de El Cuchillón, en las afueras de Medellín. Allí el General Rengifo obtuvo palmas que no hubiera conseguido sin las dolorosas y fatales circunstancias que dejamos apuntadas.

Para probar el buen uso que hemos hecho de la palabra atropellamiento, siquiera parezca a algunos un poco dura, nos bastará hacer notar que en El Cuchillón sólo pelearon los antioqueños de la entonces Provincia de Oriente; y si acaso dos o tres pueblos más de alguna Provincia limítrofe. Si se hubieran aguardado algunos días más, el éxito y consecuencias de la campaña hubieran sido diametralmente opuestos a lo que se vio.

Cuando por consecuencia de la capitulación de Manizales, en abril de 1877, cambió la patriarcal y tranquila vida del General Marulanda en su hacienda de *El Cedral* por otra de azares, depredaciones y tormentos inauditos infligidos por los vencedores, época en la cual perdió gran parte de sus haberes, y sobre todo la calma y dicha de que disfrutaba al lado de su digna familia y de sus agradecidos y bienhallados arrendatarios, resolvió trasladarse a la parte oriental de la Cordillera Central, en donde poseía un vasto territorio de terrenos incultos que principiaban en la Mesa de Herveo, tanto para ganar en tranquilidad cuanto había perdido en intereses, como para dar principio a la fundación de una población en los terrenos dichos, proyecto que había sido su sueño dorado desde hacia algunos años; y al efecto, se trasladó a dicha región el 6 de octubre de 1877 a hacer los primeros desmontes y a construir los primeros edificios que sirvieran de núcleo a la naciente aldea.

Algún tiempo después, y haciéndose ya insoportable para los amigos de su credo político la vida en su amada Antioquia, él se puso de acuerdo con todos ellos para trabajar en el sentido de derrocar a aquel Gobierno tiránico y perseguidor; en consecuencia, aquellas primeras chozas de su *metrópoli* se convirtieron en talleres de armas y municiones y en seguro asilo de los amigos que se le iban juntando, pertenecientes a la Provincia del Sur, pues allí, en su domicilio, debía ejecutarse uno de los pronunciamientos de antioqueños que aspiraban a cambiar el régimen de oprobio y baldón infamantes, por vida más pacífica y feliz, en consonancia con sus doctrinas e ideas; así fue que el 25 de enero de 1879, él y los que le acompañaban se declararon en abierta rebelión contra el Gobierno de Medellín, presidido por Rengifo.

Algunos días después, y como se contara, como ya queda dicho, si no con el apoyo al menos con la neutralidad del nombrado batallón de la Guardia Colombiana *Quinto de Vargas*, que guarnecía por entonces la plaza de Salamina, Marulanda se movió con sus gentes desde la población en cierne al centro de Antioquia. Para este efecto, el dicho batallón se trasladó a La Palma, dejando de este modo paso libre a los pronunciados, prueba concluyente de que existió connivencia entre la fuerza dicha y los pronunciados, pues que, al ser de otro modo, habría tenido el General que combatir y vencer al *Vargas* antes de seguir su marcha, y nada de esto sucedió.

Figuraba como General en Jefe de esta expedición un General Díaz, el de la perrita, le llamaban algunos soldados maleantes, perteneciente a la Guardia Colombiana, pero vendido, como el Batallón *Vargas*, según se dijo en ese tiempo, a la revolución conservadora; y como subalternos de dicho Jefe, nuestro biografiado, los Generales Estradas (Faustino y Lucio), el General Juan P. Gómez (el marinillo), etc., etc.

En su avance hacia Medellín, este núcleo de pronunciados se iba engrosando continuamente mediante la incorporación de copartidarios que encontraba en todas las poblaciones del tránsito, en términos que al llegar a Altopelado, a inmediaciones de La Ceja, ya formaba un cuerpo respetable, si no por su armamento y disciplina, si por su número y decisión.

De Altopelado, donde se vivaqueó por una noche, sigue una serie de operaciones inexplicables e inconcebibles. Dios, árbitro supremo de los destinos de los pueblos, consideró y resolvió que Antioquia debía sufrir por otro espacio de tiempo los horrores de la expiación; así fue que cegó y entorpeció a los que mandaban aquel alzamiento de manera notable, en términos que no se hizo ninguna operación de provecho ni siquiera de éxito mediano; alzar el campamento de Altopelado para trasladarlo a Guamito, punto intermedio entre La Ceja y Rionegro, por un día y parte de una noche, en la misma noche levantar este campo y regresar, pasando por La Ceja y siguiendo el camino del Retiro, hasta llegar cerca de esta última población, y luego contramarchar y seguir de noche y a la desbandada, camino de Abejorral, sin ver siquiera el humo de un

campo enemigo» ni cambiar un tiro con él; en fin, efectuar la retirada a que me he referido, que, por las circunstancias en que se efectuó, se parecía a una derrota como un huevo a otro; esto, digo, produjo el pánico, a desorganización e indisciplina en las fuerzas, en términos que al llegar a Abejorral, después de una noche de azares y terrores inmotivados, la desorganización y el desorden habían llegado a su colmo, de tal suerte que hubo soldados que, despechados, rompían sus armas dejándolas inservibles, y algunos las tiraban como mueble inútil, regresando a sus domicilios.

Conociendo como conocemos al General como gran patriota, pundonoroso y valiente, es de presumirse las torturas y afanes que sufriría en esta malograda campaña, en la que sólo se pensaba en huir, sin hacer siquiera lo que se dice de los Partos, que peleaban huyendo; así debe parecernos naturalísimo que, al hallarse en relativa libertad y libre de las trabas que le imponían la obediencia y disciplina, sólo pensó en protestar de elocuente manera y gallardos gestos sus ideas y tendencias, a la vez que castigar la felonía y traición del *Quinto de Vargas*, que ya había vuelto sus armas contra los hombres del alzamiento; tomó pues la vía de Sonsón, y en sus inmediaciones, en el punto de *Roblalito*, hizo morder el polvo a dos compañías del batallón dicho, que encontró a su paso, retirándose por entonces y después de esta función de armas a Malabrigo, Distrito de Abejorral, a aguardar noticias de lo que sucediera en el resto del Estado, para obrar en consecuencia.

Falsos informes de buenos éxitos obtenidos en el Norte, cuando en realidad lo que hubo en aquella región fue el total descalabro de las fuerzas conservadoras y como corolario el triste asesinato del interesante y denodado joven Guillermo Mc Ewen, empujaron otra vez a Marufanda a seguir la comenzada lucha.

Malamente informado, como dejamos dicho, de lo que pasara en el resto del Estado, se pronunció en el lugar que ocupaba, teniendo por seguidores a algunos buenos amigos y compañeros de armas, entre los que sobresalían por su decisión y arrojo su primo el General Cosme González, el malogrado y eminente médico doctor José María Uribe, los Generales Jaramillos, Francisco y Rudesindo, el joven abanderado Jeremías Espinosa, hermano del doctor de este apellido, don Juan C. Villegas (Totico), que fue su secretario en aquella época, etc., etc.

Llegados que fueron a Sonsón, desbarataron la guarnición que había en aquella plaza, y siguieron incontinenti a Aguadas, ciudad ocupada por fuerzas del *Quinto de Vargas*, perfectamente armadas y municionadas y en magnificas posiciones. Allí pelearon el General y sus compañeros con bizarría y denuedo; se tomaron el cuartel, arrebatándole a sus defensores las armas y seis cargas de parque; conseguidos estos brillantes fines, el General siguió a Salamina, mejorada un poco su fuerza, pues ya se elevaba a cosa de doscientos hombres.

Mucho se ha discutido y hablado sobre la temeridad e insensatez de que dio muestra aquel puñado de bravos antioqueños al enfrentarse y combatir no sólo contra el batallón *Zapadores* de la Guardia Colombiana, constante de muchas y aguerridas plazas, sino también de los que se le agregaron de distintas procedencias, entre los cuales se contaban algunos naturales de Salamina, concedores, por consiguiente, hasta de los últimos vericuetos ocupados por Marulanda y los suyos, arguyendo que el General y sus compañeros han podido evitar este lance de dolorosas y fatales consecuencias.

Yo no entro a calificar el hecho en sí, pero presumo que componiéndose la fuerza del General casi en su totalidad de jefes y oficiales, pues por excepción había algunos soldados; sabidos el brío, bravura y temeridad de la mayor parte de aquellos hombres en los cuales entraba ya por mucho el despecho y amargura del vencimiento no merecido, pues su causa era noble y santa y a cuya ruina no habían contribuido con desacierto alguno, resolvieron, como se dice vulgarmente, jugar el todo por el todo: si conseguían algunas ventajas, volverían el entusiasmo a sus compañeros, entusiasmo que preludiara una reacción moral y material incontenible, simbolo inequívoco de mejores éxitos; si, como era natural, la suerte les era adversa, harían gustosos el sacrificio de sus vidas a los manes de su cara patria adolorida y convulsa en los últimos estertores de su cruel y penosa agonía; el abismo atrae con ineludible fuerza los ánimos en determinada circunstancias; es tan hermoso el ejemplo de Leonidas y sus trescientos espartanos sacrificándose en aras de la patria en sus postreros momentos de desolación y angustia.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que ellos resolvieron combatir; y al efecto ocuparon posiciones situándose en casas altas

desde donde pudieran dominar los movimientos del enemigo y pudieran resistir con mejor éxito su empuje. Ocho horas de continuo batallar contra fuerzas que los cuadruplicaban en número, perfectamente disciplinadas y aguerridas, con abundancia de parque y de todos los elementos que pudieran hacer fructoso el ataque, dieron el resultado que debía aguardarse; es decir, la toma de los cuarteles por los asaltantes. El doctor Uribe, cuyo legendario valor era admirado de propios y extraños, y cuya desaparición han deplorado la ciencias por sus vastos conocimientos en el arte de curar y su gran corazón de esclarecido filántropo, pagó con la vida su ardimiento, constancia y supremo valor; se cuenta que herido en una pierna, él mismo vendó su herida y siguió combatiendo como si nada hubiera ocurrido, hasta que, invadida la casa que ocupaba, fue ultimado con insania y barbarie inauditas.

Allí murieron también peleando con bravura el General Fermín Villegas, el joven Jeremías Espinosa y algunos otros, contándose también algunos heridos.

El General Valentín Deaza, Jefe del *Zapadores*, en esta vez dio pruebas de tener corazón magnánimo en la lucha, y nobleza de sentimientos en su triunfo, pues salvó la vida de los sobrevivientes, evitando que la sed de sangre en los vencedores ultimara a los prisioneros, enteramente inermes y a merced de los mismos; así fue que tomando al General del brazo lo colocó en lugar seguro, poniéndole guardia de gente disciplinada y esclava de las consignas militares.

Y aquí siguió para los pobres prisioneros su vía dolorosa: agregadas a la amargura del vencimiento las múltiples incomodidades y hondas penas de la prisión, ellos probaron con su estoicismo y valor probados en su desgracia, que eran acreedores al triunfo que la fortuna había concedido a sus contrarios.

Habiendo resuelto el Jefe vencedor llevarlos a Manizales, fueron amarrados de dos en dos y puestos en medio de vigilantes guardias, habiéndole tocado al General como pareja su primo hermano el General Cosme González; en el paraje de Chamberí, en vía para la ciudad dicha, y habiéndose inclinado don Cosmito con el objeto de tomar agua, uno de los soldados vencedores, Resurrección Gómez, fusilado más tarde por el General Uribe Uribe, por insubordinación, haciendo alarde de su crueldad e instintos de sangre, le descargó tremenda pedrada, con la cual le rompió la cabeza; y se

cuenta que al recibir el General dicho golpe, se recostó en un barranco y pidió que le fusilaran de una vez si había de seguir tratándosele con tan inaudita inhumanidad; advertido uno de los jefes liberales del lance dicho, refieren algunos testigos presenciales que se castigó al bárbaro soldado, y se le permitió al herido usar de su calgadura en vista de su situación.

A Manizales entraron nuestros prisioneros en plenas fiestas de los vencedores, se entiende, pero no se les insultó; y, por el contrario, fueron grandemente festejados por las familias de sus amigos políticos que han abundado siempre en aquella progresista y simpática ciudad.

A los ocho días de estar en la ciudad fronteriza se les hizo seguir a Medellín; en las calles de esta ciudad se les obligó a permanecer horas y horas mientras se reunía la plebe, que es *tiyano con andrajos*, según la gráfica expresión de Larming, para regalarlos con los más soeces sarcasmos, vociferaciones e insultos, como si se tratara de insignes criminales, y arrojarles desde algunos balcones toda clase de inmundicias ¿Valor? ¿Cobardía? Que lo juzgue y responda el desapasionado lector.

Ya en esa ciudad, y al trasladarse de una a otra cárcel nuestros presos, estuvo Marulanda en riesgo inminente de ser asesinado, pues que se avanzó hacia él uno de los ínclitos triunfadores, puñal en mano, con el piadoso fin de ultimarle; y a no ser por otro que detuvo a tiempo el brazo asesino, hubiera terminado allí nuestro General su existencia sin otro delito que el defender con gallardía y bravura sus bellos ideales de libertad en la justicia.

En Medellín, como en Manizales, fueron los prisioneros regalados y obsequiados regiamente por algunas familias patricias de aquella ciudad; muy especialmente el General, que por sus bellos antecedentes y conducta sin mancha, tenía grandes amigos en ella; entre los obsequiantes se distinguió la familia esclarecida y por mil títulos recomendable del doctor Mariano Ospina Rodríguez.

Mes y medio duró la prisión en Medellín, y al cabo de este tiempo fueron puestos en libertad el General y sus compañeros, mediante fianza otorgada en debida forma. Una vez en libertad, Marulanda voló al lado de los suyos, pero tan sólo a darles abrazo de despedida, pues siguieron las persecuciones que en pocos días le hicieron perder toda esperanza de lograr tranquilidad en su princi-

piada población, y le hicieron emigrar a Cundinamarca, donde estuvo unos cinco meses gozando de garantías y reposo completos; a su paso por Honda hizo relaciones con el doctor José María Samper, el cual, prendado del hermoso carácter y raras prendas de Marulanda, hizo de él un interesante boceto biográfico enteramente deficiente e incompleto por su cortedad. Este boceto corrió publicado en pequeño folleto, y probablemente en escasísima tirada, pues de él no ha hablado nadie, a pesar de su importancia; esta es señal evidente de que no ha sido conocido sino por corto número de personas.

Para ser justos y no pecar de ingratos procurando hacer justicia a todo el que la merezca, hay que hacer saber a quien esto leyere que el mismo día en que el General peleaba en Salamina, se hallaba en la comenzada aldea de Marulanda el General Fruto Santos, el mismo que después fue Gobernador del Tolima, el cual, en su carácter de liberal, había sido destacado por su Gobierno a la frontera con Antioquia a evitar que la revolución conservadora del Estado limítrofe invadiera el de su procedencia; y habiendo hecho llamar a la señora de Marulanda, que se hallaba oculta, la trató con cortesana amabilidad, le ofreció garantías de toda especie y la recomendó para que hiciera saber a su digno esposo que estaba pronto a proporcionarle en cualquiera población del Tolima, la que fuera de su elección, asilo seguro y tranquilo mientras amainaban las borrascas que en Antioquia lo tenían proscrito y punto menos que fuera de la ley. Este proceder del General Santos fue hermoso y gallardo, y mereció las bendiciones de las víctimas de la desgraciada contienda, que vieron en él un enemigo generoso y noble.

El tiempo que permaneció el General en Cundinamarca, en Serrezuela, hoy Madrid, estuvo muy bien hallado, pues siendo dicha población residencia temporal de su grande amigo el General A. B. Cuervo, de nada careció, ni aun de los gratos consuelos que proporciona la amistad de un hombre tan generoso, benévolo y complaciente como lo fue el General Cuervo.

Conociendo las recomendables prendas que Marulanda poseía como hombre de hogar; sabiendo, como ya sabemos, la sinceridad de afectos de esa hermosa alma para con todos sus amigos y relacionados; si nos hacemos cargo del entusiasmo y sinceridad con que había principiado la fundación de su aldea, es de presumirse

incomparable esposa. Efectivamente, para Juan Miguel y Andra Plácida no había dicha cumplida sino cuando su mesa estaba llena de huéspedes y comensales; gustaban ellos de tener con quién compartir los generosos vinos de sus lagares y los abundantes y suculentos frutos de sus huertos; ellos sólo pensaban en bendecir a Dios, en tener mucha abundancia, mucho cuidado y mucha alegría en su hogar, prevenir blandas camas y sazonados manjares para todo el que llegaba a sus puertas; ejercer, en fin, con supremo agrado y absoluta satisfacción, la bendita caridad y la hermosa virtud de la hospitalidad, tan encomiadas en los patriarcas bíblicos.

De modo parecido obraron siempre don Cosmito y su santa esposa; todas sus aspiraciones y tendencias, todos sus deseos y anhelos consistían en obsequiar a sus amigos y amparar y socorrer con mano pródiga a todos los desheredados de la fortuna, los infelices hijos de la gleba que, al faltarles la caridad, se convierten en monstruos de pasiones y feroces instintos.

En la casa del General, la casa grande, como por costumbre se llamó siempre, ya por la alcurnia de sus moradores, ora por su relativo gran tamaño, encontraban siempre los amigos la mesa puesta y la cama lista; los indiferentes, aun sus enemigos políticos (personales nunca los tuvo que sepamos), grato albergue y alimentos gratis; y los menesterosos y desvalidos, suculentas sopas y su rinconcito provisto de su jerga para defenderse de las inclemencias del clima; a veces también vestidos usados, ropa de deshecho con qué cubrir su desuudez, sin ser raro el caso en que recibieran estos regalos perfectamente nuevos y sin uso.

FUNDACIÓN DE MARULANDA

La primera entrada y proyecto de fundación se verificó el 6 de octubre de 1877. Había tenido cuidado el General, al verificar esta su primera entrada, de invitar a algunos de sus amigos que lo acompañasen en la realización de su designio. Estos amigos le fueron de utilidad suma, pues que le ayudaron en todo con grande eficacia y buena voluntad: don Pedro Mejía, ingeniero práctico y persona intachable por su conducta irreprochable y buenas prendas morales, fue encargado, de acuerdo con el fundador, de establecer el perímetro de la aldea trazando sus calles, designando el lugar para plaza, iglesias, edificios públicos y locales de educación; cuando acabó

estos menesteres, siguió en el trazado de caminos, acequia, etc., y por último, se constituyó en repartidor de solares y montañas regalados por el General a los pobladores; a él le correspondía la mensura de estas propiedades, otorgándole a cada agraciado su correspondiente hijuela.

El General había regalado, con el fin de impulsar la población, un kilómetro cuadrado para el área de ella; ochenta metros cuadrados para cementerio católico; dos solares destinados a la construcción de sendos templos; otros dos, con destino a levantar en ellos planteles de educación; uno para construir el edificio de oficinas; cincuenta y cinco hectáreas, a lindes con el poblado, para que los vecinos de éste tuvieran en todo tiempo sus leñas y maderas; y por último, tres mil hectáreas destinadas como regalo a los vecinos pobladores, con orden de darle cinco a cada cabeza de familia, otorgándoles en el acto de la diligencia de entrega su correspondiente hijuela. Para amigos de su predilección destinó siete mil hectáreas, que fueron repartiéndose y entregándose tan pronto como dichos amigos llegaban a hacerle compañía.

Otro de los amigos que ayudó a don Cosme, y con muy buen éxito por cierto, en el sentido de impulsar y empujar, si se me permite la expresión, en el camino de su progreso y adelanto, fue el notable institutor y pedagogo don Joaquín Vásquez; en efecto, él se hizo cargo bien pronto del plantel de varones; y como su fama era grande y bien merecida, hubo abundancia de alumnos y éxitos sorprendentes en los estudios; de tal suerte que haciéndose pública la fama de este plantel, tuvo buen contingente de estudiantes de las poblaciones circunvecinas.

Acompañó también a don Cosmito por este tiempo su sobrino en segundo grado don Félix A. Vélez, que tan pronto como dictaba un auto, como Secretario del Corregidor o Alcalde, expedía y despachaba una fórmula médica; ora presidía, en ausencia del Párroco, plegarias y oraciones en la iglesia, y ya promovía un baile en familia para combatir la monotonía de esta primitiva vida y calentar los pies en tan frigidísimo clima; tan pronto ensayaba comedias, en las que tomaba el principal papel. Tal su viveza de espíritu y dotes de actor; como ayudaba a la construcción de caminos y puentes; en una palabra, era un factótum; para todo servía, siendo, por otra parte, excelente y servicial amigo.

Haciendo reminiscencias de aquellos benditos tiempos, recuerdo al gran patriota, probo y austero, don Francisco Velásquez, a don Vicente Ramírez, que fue uno de los primeros regidores de la población naciente; a los señores Escobares, sobrinos de don Cosmito, que tanto trabajaron en pro de los adelantos del vecindario; a los señores Londoños, Llanos, Marulandas, Naranjos, etc., hermosa pléyade de grandes caracteres que hicieron de la aldea el encanto y embeleso de propios y extraños. ¡Felices tiempos los tiempos idos, que hicieron de Marulanda simpático nido de patriotismo y de virtudes difíciles de narrar!

Conocidas la acendrada piedad, la religiosidad suma y el arraigo sincero de las creencias de don Cosmito, fue lógico y de sentido común que él buscara en la Religión constante apoyo y probabilidades de buen éxito en todos sus planes y empresas; así fue que desde el principio él pensó seriamente en conseguir un sacerdote entusiasta y decidido que le ayudara a llevar a cabo las obras emprendidas. Habíase convenido con su grande amigo el Obispo de Medellín, que lo era el señor Montoya José Ignacio en esa época, en que cuando hubiera un sacerdote de los de su Diócesis que quisiese acompañarle, él le daría el correspondiente permiso para dejar a Antioquia y trasladarse al Tolima, a cuyo Estado pertenecía entonces el territorio de la nueva fundación.

Al fin consiguió lo que apetecía: el presbítero Jesús María Restrepo, recién ordenado y que servía por entonces de Coadjutor de Manizales al doctor Hoyos, el mismo después dignísimo Obispo de la ciudad dicha, fue el que tras ligeras negociaciones convino en venir a compartir con los colonos del General las privaciones y trabajo inmenso que suponen el servicio de una población que nace; en efecto, abnegación suma, virtud acendrada, desprecio absoluto de todo peligro y riesgo eran precisos en el sacerdote que resolviera echar sobre sus hombros tan ponderosa carga: sin iglesia, la que había era pequeñísima y mala; sin ornamentos, sin vasos sagrados, sin imágenes; y de otro lado, en lo material, sin vías de comunicación; las que existían eran trochas, punto menos que impracticables, sin plazas ni calles, obstruidas a cada paso por rimeros de despojos de árboles seculares y llenas de raíces del reciente desmonte; con escasez y casi carencia absoluta de víveres, si se considera que los que se consumían eran traídos a largas distan-

cias por malísimas sendas, como ya dejamos dicho, se concederá que sólo un sacerdote dotado de espíritu verdaderamente evangélico era el llamado a cargar con tan pesada cruz.

El que se consiguió había resuelto afrontar todas estas dificultades, y vino y estuvo contento hasta que los superiores, muy a su pesar, resolvieron llevarlo a otros destinos.

De lo hecho por el doctor Restrepo en bien de la población en cierne que se le confiara, no me toca aquí decir nada, ya porque no se escriba su biografía, como también por tocarme con él generales de la ley, como se estila decir en lenguaje jurídico. Que hablen sus obras; a ellas me remito en el particular.

Ya hemos dicho que el General era generosísimo y patriota; así no se extrañará que enumeremos algunos de sus regalos hechos a la iglesia: él mandó fundir y traer dos magníficas campanas para el servicio del futuro templo; a sus expensas se talló una hermosa estatua de Nuestra Señora que sirviese de patrona; con sus recursos se consiguió un buen armonio para solemnizar las festividades religiosas; él, en fin, contribuyó como el que más, a la construcción, pavimentación y ornato de la casa de Dios.

Fue grande amigo de la caza, varonil deporte, grato y provechoso entretenimiento que ha sido uno de los pasatiempos más comunes en todos los hombres, pues desde los príncipes hasta los pobres labriegos ha dado ocupación y grato solaz a millares de individuos; y para ejercicio del mencionado hermoso pasatiempo mantenía numerosa jauría y excelentes armas de fuego; en los últimos tiempos, ya que la edad y sus enfermedades le vedaban entrar a la selva y hacer hombradas dignas de recuerdo, gozaba prestándole a sus amigos sus perros y sus armas, y oía con deleite y envidia los percanes de las batidas, contadas por los cazadores.

Gustaba mucho de la lectura de buenos autores, especialmente del Quijote de Cervantes, y gozaba haciendo alusiones oportunas y chistosísimas de las originalidades del ilustre manchego y su celebrísimo escudero.

Se distinguió siempre por su modestia y sencillez, tanto en el trato social, como en su indumentaria en el vestir: en el primero, es decir, en su trato con los hombres, nunca usaba rebuscadas y académicas frases; así es que en pocas palabras corrientes y al alcance de todo el mundo, exponía sus juiciosas ideas, oportunos consi-

jos y reflexiones llenas de prudencia y juicio; en la segunda (no por tristes economías y fatales miserias) era su vestido enteramente popular: los pantalones y ruana, nunca usó saco, del paño más fino; la camisa de finísima tela cuidadosamente limpia, pues que su aseo fue proverbial; el sombrero de jipijapa, y pare de contar; jamás usó calzado de ninguna especie ni cosa alguna de aquellas que resultan superfluas y de las cuales se usa y se abusa tanto en los presentes tiempos.

Se cuenta del General José Hilario López, héroe de nuestra Independencia, que al salir a las campañas, tomaba de su hacienda la cabalgadura y bagajes que le hicieran falta para sus movimientos, sin aguardar a que el Gobierno o los particulares se lo suministraran. Esto se llama patriotismo; de modo idéntico obraba el General Marulanda, llevando además la bolsa repleta, tanto para los menesteres personales como para auxiliar a sus soldados, a los cuales trataba y consideraba como a hijos. Ah, ¡si todos obraran del mismo modo! triste es decirlo, pero se dan casos en que la revolución se vuelve negocio, y en que muchos de los jefes lo primero que alistan son las cuerdas con las cuales han de coger buenas mulas; y a veces las han encontrado y las han cogido.

Es un hecho deplorable; es notable lástima que un varón de sus virtudes y prendas no haya dejado descendencia; es verdad que si tuvo un hijo, don Juan Prudencio, que heredó de su ilustre padre la mayor parte de sus cualidades, entre ellas su desprendimiento y patriotismo y su conmiseración y alta caridad para con los desheredados de la fortuna; pero éste, a pesar de haber sido casado con su prima la virtuosa dama doña Bárbara Marulanda, no dejó sucesión; esto es bien triste, como dejamos anotado, pues vástagos de tan ilustres troncos habrían constituido el orgullo de la patria, tan necesitada siempre de nobles y levantados caracteres.

No hay noticias; no nos dicen las crónicas que el General usara en ningún tiempo licores embriagantes, ni mucho menos que jugase a juegos prohibidos; en suma, que tuviera alguno de esos hábitos que degradan a la humanidad y la hacen descender de su nivel moral de modo deplorable y triste: esa vida fue siempre perenne ejemplo de virtudes cristianas y ciudadanas; ejemplo que, si lo imitásemos, haríamos de la patria un paraíso; por desgracia, estamos bien lejos de esto.

El mantuvo siempre bajo su custodia y cuidado a los sobrinos de su esposa, los señores Angel, que habiendo quedado en la orfandad desde su juventud y niñez, tuvieron en él padre amoroso dispuesto siempre a prodigarles su mejor cariño y su decidida protección, y dándoles ejemplos de laboriosidad y honradez que nunca han desmentido. Ellos han resultado, como su padre adoptivo, buenos ciudadanos y hombres laboriosos y honrados.

Ahora, si se quieren conocer algunos de los rasgos de su fisonomía, es decir, de su físico, allá van algunos: dicen de los españoles que su tamaño nunca toca a los extremos, esto es, que no son demasíadamente altos ni tan bajos que resulten notables por este concepto; este era el General: de regular estatura y bien proporcionada robustez, algo cargado de espaldas; su cara un poco alargada, en la cual se destacaban: su frente amplísima con dos ondas en el pelo arriba de las sienes; el pelo un tanto escaso, y en los últimos tiempos casi del todo blanco; nariz correcta, un poco aguileña, sin llegar a ser corva; los ojos un tanto chicos, pero muy expresivos y dulces, sombreados por no muy abundantes pestañas; la boca correcta con las comisuras de los labios un tanto caídas; la barba escasa y blanca como el pelo estos los rasgos más característicos de su fisonomía; agregando que su cara se hallaba bañada por esa placidez y alegría que producen siempre en el semblante las buenas acciones y el sentimiento del deber cumplido.

Réstanos sólo decir algo de su última enfermedad y su fallecimiento: hacía algún tiempo que la edad y las enfermedades venían minando esa constitución que en otras épocas fuera recia y vigorosa como los pinos y robles de nuestras montañas, y unos seis meses antes de su fallecimiento se le declaró la hidropesía que, cebándose en su constitución, lo llevó al sepulcro en medio de dolores e indecibles angustias. Vanos fueron los esfuerzos de la ciencia para disputarle con éxito a la muerte tan preciosa existencia; en efecto, desde Medellín, Manizales y Salamina vinieron médicos de la talla de Francisco Antonio Arango, José Tomás Henao y algunos otros, a medicarlo, sin conseguir otra cosa que darle momentáneos y pasajeros alivios, y pronosticarle a sus deudos y amigos que la enfermedad tendría un desenlace fatal.

Ya para principiar el mes de noviembre de 1887, su postración fue total, en términos que ya podían contarse con aproximación los

días y las horas de su existencia; a pesar de esto, todavía alcanzó su triste agonía hasta el 24 del mes dicho, a las diez de la noche, hora en la cual, rodeado de su familia y amigos, y habiendo tenido los consuelos y asistencia que la religión brinda a sus hijos en este trance, entregó su alma a Dios el venerando patricio. Para que se vea la religiosidad, estoicismo y valor del General, vamos a relatar un hecho que prueba lo que dejamos dicho: en la víspera de su muerte, y como se bendijese una estatua de la Virgen de las Mercedes, la patrona de la parroquia, regalada por él, y celebrándose en su misma casa misa solemne para la bendición de la imagen y darle el Viático al enfermo, tan luégo como se verificaron estas funciones, pidió al melodista que siguiera ejecutando algunos trozos o piezas de música; y no como se quiera, sino de los más alegres del repertorio; consultado por el pobre organista el parecer de la familia, por la pena que sentía al tener que ejecutar música en tan fatales circunstancias, se le dijo que hiciera la voluntad del enfermo, pues opinaron que debía dársele gusto en todo lo que quisiese. Así tuvo que hacerse durante todo el día, sin poder excusarse, pues no lo consentía el enfermo.

Pocas horas después del fallecimiento del General, su cadáver fue trasladado al templo, tanto para dirigirle preces al Señor por el descanso de su alma, como para que el pueblo, su dolorido pueblo, pudiera ver por última vez las amadas facciones de su padre y benefactor, y en las primeras horas del siguiente día se verificó el sepelio, al cual concurrió el pueblo en masa, sin faltar uno solo de sus habitantes; él fue sencillo y modesto como tenía que serlo, dadas las circunstancias de tiempo y lugar; es cierto que en sus exequias no se oyó el estampido del cañón que hiciera repercutir sus ecos en nuestras vírgenes montañas; también lo es que no hubo desfile de carros atestados de coronas, ni pomposos y elocuentes discursos, es decir, no se mostró la vanidad por parte alguna; en cambio, las oraciones y lágrimas de todo un pueblo sí atestiguaron todo el amor, toda la gratitud, todas las consideraciones y afectos que se tenían por el extinto.....

Hoy sólo nos quedan de nuestro amado fundador bellísimos ejemplos que imitar, recuerdo imperecedero de sus grandes y hermosos hechos y la veneración y respeto al monumento que guarda sus cenizas.

He terminado el impropio trabajo que voluntariamente me he impuesto al principiar este humilde bosquejo, y sólo me resta en esta tercera parte hacer la transcripción de lo dicho por algunas entidades en la muerte de nuestro fundador, como asimismo la de una hermosa poesía leída por su autor, el inspirado vate Juan Cancio Tobón, con motivo del fallecimiento del General. *He aquí:*

III

PÉRDIDA IRREPARABLE



La Voz de Antioquia viste de luto porque la Patria está en duelo por la muerte de uno de sus más esclarecidos hijos.

De aquel que era considerado como el tipo más perfecto de la honradez, del patriotismo, del valor y de la nobleza de carácter;

De aquel que era humilde, modesto, prudente, y a la vez enérgico, atrevido y luchador infatigable;

De aquel que no era nada para sí, pero que lo era todo para todos;

De aquel guerrero que llevaba en su corazón y en su alma el lema de los hombres de bien de los antiguos tiempos: *por mi Dios, por mi patria y la ley.*

No tenemos necesidad de decir más para caracterizarlo. Nos referimos al gran patriota, al eximio ciudadano, al noble y heroico General don *Cosme Marulanda*, que falleció el 24 de este mes en el pueblo que fundó en sus propios terrenos y del cual fue siempre el protector y el patriota venerable.

La noticia transmitida por el telégrafo no nos ha sorprendido, porque sabíamos que el ilustre anciano había perdido la salud hacía ya algún tiempo; pero el dolor que nos causa su muerte es prueba inequívoca del inestimable valor de aquella preciosa existencia.

En estos momentos, por todos los ámbitos de Antioquia y fuera de ella, una sombra se hace en todos los corazones, muchas gargantas se anudan, y no pocas lágrimas aparecen en los párpados. Nosotros, en tanto murmuramos involuntariamente el elogio que la Francia desolada puso sobre la tumba de Turena: *Ha muerto un hombre que hacía honor al hombre.*

Cada uno ha perdido, al desaparecer el gran ciudadano, un amigo, un protector, un modelo, una parte de su propia integridad en la

patria. ¡Conócese que una llama pura se ha apagado; que alguna cosa de gran precio se ha roto para siempre; que se ha desvanecido una figura original que no será reemplazada en mucho tiempo!

¡Ah! si en alguna ocasión el pensamiento de la existencia metafísica de ese sér misterioso que llamamos la Patria se ha revelado a nuestra existencia, ha sido ahora cuando hemos visto este duelo espontáneo en todas las clases sociales, consustancial con el amor entrañable que tenemos a la madre amorosa e invisible que inspira los más nobles hechos y los más abnegados sacrificios. Las manos se buscan y se aprietan en silencio, las miradas se elevan por encima de los campos de batalla de la vida, lo grandioso en la humanidad aparece por un instante. Y todo porque el que acaba de fallecer consagró una larga vida al culto de esa misteriosa divinidad.

El no solicitó las glorias del guerrero, no buscó las coronas del triunfo, no trató de salvar su fortuna personal, que era grande, ni quiso aumentarla después de la victoria; no trató de elevarse por encima de sus conciudadanos para gobernarlos o para dirigirlos. Su ideal era la Patria, el resorte de su vida era el deber, su patriotismo era oro sin liga templado en la hornaza de los más nobles sentimientos.

Nunca pidió nada a la Patria, ni quiso recibir de ella ni los más sencillos agradecimientos; pero en cambio, cada vez que surgía algún peligro, cuando el horizonte se entenebrecía, cuando se oía el primer disparo, volaba a ofrendar su vida, a derramar su sangre, y gastaba su fortuna para salvar a su Patria amada, la virgen de sus últimos amores.

Disparado el último tiro, don Cosme Marulanda, vencedor o vencido, cesaba de ser General para convertirse en labriego, y ahogaba su personalidad en la masa popular.

Como contraste a su alta graduación, él era la bondad y la dulzura fundidas en un hombre; no mandaba como jefe, mandaba como amigo, y él mismo era el ejemplo viviente del valor y de la disciplina. Llegó un día en que sus enemigos, después de derrotarlo en la gloriosa batalla de Salamina, lo pasearon en triunfo, en exhibición de su alta personalidad que representaba el fin de una revolución justa pero desgraciada; fue entonces objeto de escarnio de una turba desenfrenada; su calma no se alteró y ni una gota de hiel se deslizó al corazón del héroe.

El General Marulanda era una figura aparte; era más que un tipo, era una de esas personalidades que vienen de tarde en tarde al mundo como una prueba de la bondad divina. Su generosidad no tenía límites; favoreció a los suyos sin reserva, y formó en sus propias tierras una población tolimense que él llamaba Sucre, pero que la posteridad denominará *Marulanda*.

Estamos seguros de que en presencia de la fosa que se acaba de abrir, todos los disentimientos de partido desaparecerán; todos los odios que producen las revueltas civiles enmudecerán para siempre, y una voz unísona de Manizales a Nechí, proclamará al General Marulanda como un gran cristiano, como un buen ciudadano, como un hombre de bien en la plenitud del significado.

Su nombre no desaparecerá de la historia, ni el recuerdo de sus virtudes se borrará de la memoria de los que le conocieron y le amaron.

Su Señoría el Gobernador del Departamento, interpretando fielmente el sentimiento público, ha dictado el Decreto de honores que publicamos gustosos a continuación.

Es un consuelo y un motivo de aliento para las existencias abnegadas que se consagran exclusivamente a la práctica del bien, saber que basta un simple y brusco accidente de la muerte para que los disentimientos se callen de repente y se oigan resonar sobre la fosa entreabierta las palabras autorizadas, que son los únicos títulos de envidia ante la posteridad.

Esas palabras ponen fin a las nuestras, que también son la voz de Antioquia.

DECRETO NUMERO 1098 DE 1887

(28 DE NOVIEMBRE)

por el cual se honra la memoria del General Cosme Marulanda.

El Gobernador del Departamento de Antioquia,

en ejercicio de sus atribuciones legales, y teniendo en consideración:

Que el telégrafo de Salamina ha transmitido la infausta nueva del fallecimiento del General Cosme Marulanda, acaecida el 24 del mes en curso en el Distrito de Marulanda, del vecino Departamento del Tolima;

Que el General Marulanda, miembro distinguido de una de las principales familias de Antioquia, en las cuales eran como herencia natural el patriotismo y el desinterés, prestó grandes e importantes servicios a la República durante más de cuarenta años, principian-do desde 1840, sin pretensiones, y terminando con honor una carrera militar sembrada de grandes hechos y de gloriosos recuerdos;

Que el expresado General supo hacerse grande y dejar grata e imperecedera memoria a la posteridad, sin otros títulos que su consagración al cumplimiento de sus deberes para con la Patria, su valor indomable, su patriotismo acrisolado, su modestia envidiable y su desinterés a toda prueba;

Que dicho General fue uno de esos tipos raros que aparecen de cuando en cuando en las sociedades humanas para honrarlas con el ejercicio de excelsas virtudes y de relevantes cualidades, pues que a la bravura del soldado unía la prudencia del jefe, rivalizaba con éste y aquél en abnegación y sacrificios, daba ejemplo a todos de modestia, subordinación y disciplina y era a la vez cumplido ciudadano, excelente padre de familia, filántropo sobresaliente, leal y generoso amigo, benévolo y caballeroso en todos sus actos;

Que este cúmulo de prendas tan bien armonizadas en un solo hombre, hicieron del General Marulanda un precioso modelo que ofrecer a la juventud sedienta de gloria y de generosas aspiraciones, y

Que su muerte es para la República, y especialmente para Antioquia, una pérdida irreparable,

DECRETA:

Artículo 1.º El Gobierno del Departamento se asocia al duelo profundo «de triste y penosa sensación,» con motivo del fallecimiento del General Cosme Marulanda, y honra en la memoria de este eximio patricio el valor modesto e indomable, el patriotismo elevado, entusiasta y desinteresado, grandes virtudes públicas y privadas y una de las inmaculadas figuras de la República y de Antioquia.

Artículo 2.º La Banda de Música de la capital preparará y efectuará una retreta fúnebre en la noche del día de mañana, en la plaza principal.

Artículo 3.º La fuerza pública vestirá de duelo por el tiempo que señala el Código Militar para jefes de la graduación del finado.

Artículo 4.º Se hará un servicio fúnebre religioso por el alma del General Marulanda, costeadó con fondos del Tesoro del Departamento.

Artículo 5.º El Subsecretario de Gobierno y Guerra se encargará de la ejecución de este Decreto y expedirá en consecuencia las órdenes del caso.

Artículo 6.º Un ejemplar de lujo de este Decreto se enviará a la señora viuda e hijo del finado.

Dado en Medellín a 28 de noviembre de 1887.

MARCELIANO VÉLEZ—El Subsecretario de Gobierno y Guerra,
Juan de D. Mejía.

(Editorial de *La Voz de Antioquia* número 9.º)

TRIBUTO A LA MEMORIA DEL GENERAL COSME MARULANDA

DECRETO NUMERO 678

sobre honores a la memoria del General Cosme Marulanda.

El Gobernador del Tolima

DECRETA:

Artículo único. El Tolima honra la memoria veneranda del benemérito General don Cosme Marulanda; lamenta la muerte de este distinguido ciudadano, a quien el Tolima debe, entre otros beneficios, el de haber fundado un pueblo de gente honrada y laboriosa, de la que era bienhechor; y recomienda la vida ejemplar y llena de merecimientos, de este varón honrado y virtuoso, que siempre luchó con gran desinterés por el bien de su país.

Parágrafo. La fuerza pública del Departamento le tributará los honores debidos a su grado.

Dado en Ibagué a 1.º de diciembre de 1887.

MANUEL CASABIANCA — El Secretario de Gobierno, *Olegario Rivera.*

ACUERDO

por el cual se honra la memoria del General Cosme Marulanda.

El Concejo Municipal de Marulanda,

en uso de sus atribuciones, y

CONSIDERANDO:

1.º Que a las diez y veinte minutos de la noche del día de ayer falleció en este Distrito el eximio ciudadano y esclarecido hijo de la Patria, General Cosme Marulanda.

2.º Que fue su vida práctico ejemplo de virtudes cívicas, de generosos sentimientos, de amor entrañable por la causa de la Justicia.

3.º Que a él se debe la fundación y progreso material, moral e industrial de la población que lleva con orgullo su nombre inmaculado.

4.º Que los pueblos tienen el imprescindible deber de manifestar, por actos externos, gratitud por sus benefactores y tributarles público homenaje de admiración y de respeto.

5.º Que Marulanda ha quedado huérfana y sola, porque perdió en él al padre amoroso, al protector desinteresado, al amigo leal, al bienhechor inolvidable,

DECRETA:

Artículo 1.º Lamentar profundamente, como en efecto lo hace, la muerte del ilustre y benemérito General Cosme Marulanda.

Artículo 2.º Presentar su nombre a los pueblos como el más perfecto tipo de honradez, valor sublime y patriótico desinterés, y su vida a las generaciones futuras como el acabado modelo de virtudes cristianas.

Artículo 3.º Asistir en comunidad a sus funerales y acompañar su cadáver hasta el cementerio.

Artículo 4.º Colocar su retrato, al óleo, en la sala del Concejo Municipal, con esta inscripción:

ORGULLO DE LA PATRIA; BRILLO DE LAS ARMAS; MODELO DE LA CARIDAD; PADRE DE LOS DESGRACIADOS; ESE FUE EL GENERAL COSME MARULANDA

A ÉL CONSAGRA ESTE RECUERDO EL PRIMER CONCEJO MUNICIPAL DEL LUGAR QUE LLEVA SU NOMBRE—1887, NOVIEMBRE 27

Artículo 5.º Publicar por bando y en el periódico oficial del Departamento el presente Acuerdo, e impreso en edición de lujo, poner un ejemplar en manos de su viuda e hijo.

Artículo 6.º Incluir en el presupuesto de gastos los que demanden de la ejecución de este Acuerdo.

Dado en Marulanda a 25 de noviembre de 1887.

El Presidente, SALUSTINO ESCOBAR—El Secretario, *Félix A. Vélez*.

Alcaldía Municipal—Marulanda, 25 de noviembre de 1887.

Publíquese y cúmplase.

MANUEL D. GÓMEZ—*Félix A. Vélez*, Secretario.

ACUERDO NUMERO 19 DE 1887

(8 DE DICIEMBRE)

sobre honores a la memoria del General don Cosme Marulanda.

El Concejo Municipal de Yarumal,

CONSIDERANDO:

1.º Que el señor General don Cosme Marulanda ha muerto en Marulanda el día 24 de noviembre próximo pasado.

2.º Que el General Marulanda era uno de esos hombres de acendrado patriotismo que consagran a su Patria su vida entera, sirviéndola en todas circunstancias con lealtad inalterable y haciendo por ella todo género de sacrificios.

3.º Que así en la paz como en la guerra, en la próspera como en la adversa fortuna, el General Marulanda fue un modelo de abnegación, de valor y de constancia.

4.º Que era además el General Marulanda excelente padre de familia, ciudadano inmejorable e impulsor infatigable del trabajo y de la industria.

5.º Que el General Marulanda no era menos recomendable por sus servicios eminentes que por sus costumbres sencillas, su carácter modesto, sus virtudes públicas y su vida ejemplar; y

6.º Que la pérdida del General Marulanda es un acontecimiento deplorable para la Patria colombiana, la cual debe no olvidar jamás los grandes merecimientos de este hijo esclarecido,

ACUERDA:

Artículo 1.º El Concejo Municipal de Yarumal, interpretando los sentimientos del pueblo que representa, registra con dolor la muerte del ilustre General don Cosme Marulanda, cuyos grandes hechos y relevantes cualidades presenta a la juventud como modelo que debe imitar.

Artículo 2.º Un ejemplar auténtico de este Acuerdo se remitirá a la familia del expresado General en testimonio de la parte que el Distrito de Yarumal toma en su justo duelo; y otro al señor Gobernador del Departamento para que se digne ordenar su publicación en el *Repertorio Oficial*.

Dado en Yarumal a 8 de diciembre de 1887.

El Presidente, FAUSTINO RIVERA — El Secretario, *Alejandro Zabala O.*

EL CONGRESO NACIONAL

Y LA MEMORIA DEL GENERAL MARULANDA

LEY NUMERO 19 DE 1926

(OCTUBRE 6)

El Congreso de Colombia

DECRETA:

.....
Artículo 2.º Asimismo, destínase la suma de cinco mil pesos (\$ 5,000) para los gastos que demande la erección de un busto al General Cosme Marulanda, en la población de Marulanda, del Departamento de Caldas.

.....
Artículo 5.º Dichas cantidades se considerarán incluidas en la Ley de Apropriaciones de la próxima vigencia, y se pagarán en un solo contado a los respectivos Tesoreros Municipales por las Administraciones de Hacienda Nacional correspondientes.

Artículo 6.º Declárase libre de todo gravamen aduanero, férreo y fluvial, la introducción de las obras mencionadas en esta Ley, para el caso de que su ejecución sea contratada en el Exterior.

.....
Artículo 8.º Esta Ley regirá desde su sanción.

Dada en Bogotá a veintisiete de septiembre de mil novecientos veintiséis.

El Presidente del Senado, **ALEJANDRO GALVIS GALVIS**—El Presidente de la Cámara de Representantes, **RAFAEL CARVAJAL**—El Secretario del Senado, *Horacio Valencia Arango*—El Secretario de la Cámara de Representantes, *Fernando Restrepo Briceño*.

INFORME

EN LA HONORABLE CÁMARA DE REPRESENTANTES DE LA COMISIÓN
QUE ESTUDIÓ PARA SEGUNDO DEBATE EL PROYECTO DE LEY POR
LA CUAL SE DISPONE LA ERECCIÓN DE UNA ESTATUA

Honorables Representantes:

La Ley 57 de 1925 asoció la República a la celebración del primer centenario de la ciudad de Salamina, defendida por el General Marulanda. El mismo honorable patricio fundó la población de Marulanda, y es justo que la Nación se una a los vecinos de la citada población para exaltar las virtudes del varón ejemplar y del eminente patriota, con ocasión del fausto acontecimiento que va a conmemorarse en Salamina.

El Congreso Nacional está en el deber de estimular el sentimiento patriótico de los colombianos, y considera la Comisión que tal sentimiento debe exteriorizarse en monumentos como los de que trata este proyecto.

El General Marulanda significa para la sección del país a que se destine su busto, una pulcra historia y un pasado digno de evocarse con admiración y respeto. Fue él un incansable colonizador, un patriarca ejemplar, un excelso patriota, un connotado colombiano, resumen de las virtudes de su raza.

El monumento que consagra la memoria de personalidades que, como el General Marulanda, fueron ejemplo de nobles cualidades públicas y privadas, debe aparecer con justo orgullo en donde se venere su recuerdo.

Por lo expuesto, vuestra Comisión tiene el honor de proponeros:

«Dése segundo debate al proyecto de ley “por la cual se dispone la erección de una estatua,” con las modificaciones introducidas por la Comisión.»

Honorables Representantes, vuestra Comisión.

Fernando de la Vega—Delfino Díaz R.—J. M. Philips—Jorge Juan Orozco—J. J. Arjona B.

Bogotá, agosto 18 de 1926.

INFORME

DE LA COMISIÓN QUE ESTUDIÓ PARA SEGUNDO DEBATE EN EL HONORABLE SENADO EL PROYECTO DE LEY «POR LA CUAL SE DISPONE LA ERECCIÓN DE UNA ESTATUA»

Honorables Senadores:

Ha subido de la honorable Cámara de Representantes a esta del Senado el proyecto de ley por la cual se auxilia las erecciones de dos monumentos, y se nos ha pasado en comisión para rendir informe sobre él.

En los debates sufridos en la Cámara por este proyecto de ley se presentaron muy luminosos informes sobre las personalidades de los Generales Francisco de Paula Santander y don Cosme Marulanda. Sobre el Hombre de las Leyes, sobre el organizador de la victoria, se ha escrito mucho y se escribirá aún más, y serán muchos los mármoles y bronces que la posteridad dedicará con los tiempos a esta egregia y procerca personalidad. Respecto al General Marulanda, a quien el pueblo de la montaña conoce con el nombre familiar de don Cosme, es increíble que su figura no haya adquirido los perfiles épicos suficientes para ser conocido en todo el país; pero, honorables Senadores, el General Marulanda fue el héroe clásico de la rugosa tierra antioqueña: en la paz, soberbio conquistador de la selva, hacha en mano; fundador de pueblos; creador de riquezas que prodigó entre las colonias que fundó, y, por último, modelo vivo de la caballerosidad, la honradez acrisolada y de las más puras virtudes hogareñas. Su bronce, levantado en medio de aquellos campos que conquistó a las selvas y de aquellas poblaciones que entregó a la cultura y al progreso nacionales, quedará muy bien como el índice del esfuerzo personal y como tributo que para honrar al bravo montañés rinde la República.

Vuestra Comisión os propone:

•Dése segundo debate al proyecto de ley “por la cual se auxilia la erección de dos monumentos,” con la modificación que en pliego aparte se acompaña.»

Vuestra Comisión.

J. M. Yepes—José A. Vargas Torres—R. Botero Saldarriaga—Manuel María Rodríguez—José M. Saavedra Galindo—B. Vargas.

Bogotá, agosto 26 de 1926.

ELEGIA

A LA MUERTE DEL GENERAL DON COSME MARULANDA

Ley de la humanidad por Dios escrita
En el libro inmortal de sus decretos,
Grabada sobre el mármol de los siglos
Por el buril del Escultor Eterno.

Tal la ley de la muerte;
Nace el hombre y cruza de la vida los desiertos;
Y a cada paso siente los abrojos
Que tapizan su senda de viajero;
Marcha a la tumba, la mansión postrera,
Del viaje de la vida último puerto,
Y va a dormir en su recinto oscuro
Blando, apacible y sosegado sueño.

¿Allí termina la misión del hombre,
En un lúgubre y triste cementerio?
¿Va a epilogarse el drama de la vida
Esperanzas, dolor, dichas, recuerdos?
No, no es así; la fuente de la dicha
No da a la vida terrenal su riego,
Ni la divina flor de la esperanza
Cierra en la tumba el broche de sus pétalos.

El triste peregrino de la tierra
Cruza llorando el páramo desierto,
Como ave errante que perdió su nido
En la cruda estación de cano invierno,
Y va a colgar en árbol de otra patria
El nido amado que perdió en su suelo.

Alli forma su nido perdurable
Por virginales auras remecido;
No más la tempestad sobre ese nido
Sus pavorosas alas abrirá;
No allí el invierno con sus nieblas frías,
Con sus escarchas y su brisa helada;
Llegará a la dulcísima morada
Donde el ave inmortal cantando está.

Sé que al dejar tu alma la humana vestidura
Calandria primorosa su vuelo levantó
Hacia la luz eterna que en la celeste altura,
Brilló como una estrella de amor y de ventura
Para alumbrar tu senda, para mostrarte a Dios.

Feliz, feliz mil veces quien como tú ha cruzado
El mar de la existencia sin naufragar en él
Con el valor heroico del inclito soldado,
Que cumple su consigna valiente y resignado,
Y muere al pie del lábaro que encierra su deber.

Eso tú hiciste; la virtud severa
El norte fue de todas tus acciones;
Por eso tu memoria se venera;
Por eso te tributan oraciones;
Por eso con plegarias lastimeras
Con funeral y triste sinfonía,
Los vientos de la andina cordillera
Gimiendo llegan a tu tumba fría.

Padre de un pueblo que tu ausencia llora,
Alma templada del amor al fuego,
Sobre la tumba en que tu cuerpo mora
No caben de las lágrimas el riego.

Que la tumba del justo no con llanto,
Deben regar los ojos gemidores;
Ante un altar tan venerable y santo
Se quema incienso y se derraman flores.

EL GENERAL DON COSME MARULANDA

POR DON JOSÉ MARÍA SAMPER

Hay no se qué tendencia en el hombre civilizado y verdaderamente culto a volver los ojos hacia lo pasado, buscando siempre en lo remoto de la historia los mejores ejemplos de sencilla grandeza. Del propio modo, en las épocas de prueba y dolor para los pueblos, así como en los momentos de infortunio individual, el alma humana, cual si la moviese un resorte misterioso, se eleva hacia Dios y solicita con mayor ahínco, para consolarse y confortarse, la más alta y pura belleza del ideal que se ha formado. Acaso no hay tan concluyentes pruebas de la providencia de Dios y la inmortalidad del alma, como este noble sentimiento de conmemoración y de esperanza que liga perpetuamente al hombre a todo lo grande que ha habido en lo pasado y que se alcanza a vislumbrar en lo porvenir.

La época por la cual ha estado pasando Colombia durante las dos últimas décadas, no ha podido ser ni de más amargas pruebas ni de más dolorosos desengaños. Perdida casi la esperanza del bien, en medio del torbellino que nos arrebató y precipita al abismo, las almas sensibles se refugian en Dios únicamente, cual si nada pudiesen ya aguardar de los hombres, señoreados por las pasiones y los apetitos, mucho más que por el sentimiento moral y las creencias; y en medio de sus congojas infinitas se sienten momentáneamente consolados cada vez que se destaca delante de ellos en el horizonte de la Patria—casi lúgubre por las sombras que lo cubren—la figura de algún hombre singular; de uno de aquellos que representan por sí solos las más eminentes virtudes sociales: el patriotismo humilde, el valor heroico y modesto, el desinterés ejemplar, la abnegación que todo lo sacrifica en aras del deber.

Y esto explica porqué en los tiempos que corren, cuando se quiere dar idea de un personaje típico de la virtud, se dice, para compendiarlo todo: ese es un hombre *antiguo*. Este solo adjetivo, en la

época en que reina el interés y el egoísmo, merced a la educación que infiltra en la sociedad un sensualismo que se apellida científico; este solo adjetivo *antiguo* que pudiera prestarse a diversas acepciones, significa ya con precisión: hombre de severa probidad como ciudadano, de gran carácter como actor en la lucha social, de costumbres patriarcales como padre de familia, de alma viril y de entereza incontrastable como simple individuo. El personaje a quien me propongo retratar es un *hombre antiguo* con lo que todo está dicho para mover a simpatía en su favor a los hombres de corazón que lean estas páginas.

Mucho se ha hablado siempre de los *Cincinatos*, y raros, rarísimos son los hombres que en Colombia han imitado a este histórico tipo de la virtud grande y humilde. Si alguien entre nosotros ha llegado a la perfección en la casi extinguida raza del admirable romano; si algún patriota ha imitado y sobrepujado a Cincinato, sin pensar en ello ni saberlo, ese hombre, ese patriota, es el noble antioqueño don Cosme Marulanda. Por mí sé decir que si no pocos de mis conciudadanos me inspiran veneración y respeto, rarísimos son los que me inspiran veneración, como el General Marulanda, sin duda el más modesto de todos.

Bien le estuvo nacer, en el seno de las montañas antioqueñas, el 23 de marzo de 1810; aquel año fue prodigiosamente luminoso: fue aurora y cuna de veinte naciones que Dios destinó a la vida de la libertad, dándoles por padrinos unos titanes que se llamaban Bolívar y Sucre, Nariño y Córdoba, Torres y Caldas, San Martín y Belgrano, O'Higgins, Freire y Carrera, Necochea y Morazán, Rayón, Hidalgo y Morelos. Aquel año fue de suprema grandeza para la libertad cristiana y para la gloria, y los que en sus fuentes de vida fueron bautizados, recibieron en la frente agua de regeneración y óleo santo de virtud incomparable.

Marulanda ha sido fiel a la nobleza de su cuna social y a la santidad de su bautismo de independencia; en él vive y palpita, ama y espera toda la admirable generación de próceres que fundó una patria independiente donde no existía, salvo el eterno monumento de la cruz y el tesoro de la lengua de Cervantes, sino un vasto cúmulo de escombros seculares: ¡la *Colonia*!

Pero ¡ay! si tanto hicieron los próceres por la Independencia ¿qué hemos hecho nosotros, sus hijos y herederos, por la verda-

dera, la justa libertad?... A esta pregunta, que por sí sola es una acusación, responde melancólicamente una noble figura, que es como un símbolo viviente: siempre valeroso para defender la justicia, está vencido; siempre humilde en su abnegación y grande en su humildad, vive proscrito de su hogar; siempre laborioso para crear honradamente la riqueza, está casi arruinado, víctima de la confiscación y de la persecución; y ni se le ha oído una queja, ni en sus labios asoma la sonrisa amenazadora del odio.... Si aquella figura ha sido grande en medio de los Andes antioqueños, aún más grande se ha mostrado a mis ojos en el risueño valle de Guaduas, donde recibe la hospitalidad del desterrado. Allí guarda silencio y está tranquilo. ¿Porqué? Porque espera en Dios y tiene fe en la libertad. Este es el General Marulanda.

Vi primero, meses há, en pequeña fotografía, la apacible y simpática imagen del General prisionero; después he visto en el original la figura del patriota asilado. Al ver el retrato me sentí atraído y conmovido; cuando he visto al hombre, me he inclinado con veneración y cariño, como si viese en él la imagen viva de la Patria silenciosamente acongojada.... Hay en el aire taciturno y el silencio de Marulanda algo terriblemente grande; algo como una reprimenda de la Patria de 1810, la de Nariño y Bolívar, que dice a sus hijos de hoy día, mostrando sus propias vestiduras desgarradas y ensangrentadas y la cabeza cubierta de ceniza: «Esta es vuestra obra.»

No esperéis, lector, hallar aquí una biografía: sólo me propongo presentaros, sin rico marco ni ornamento alguno, el retrato del hombre. Por el retrato, que será fiel, veréis que el original a nadie se parece. Es verdaderamente *original* y *único*. Su tipo no está ni en la historia de Cincinato; está en él mismo, ni por nadie precedido ni copiado en Colombia. Su individuo moral tiene toda la belleza posible: la de la virtud; y su individuo físico es excepcional, si se le considera en relación con el papel que ha representado y la posición que ha tenido. Probaré a retratarle, y si el retrato queda muy defectuoso, el defecto dependerá no solamente de mi escasa habilidad, sino también de lo perfecto del modelo.

Don Cosme Marulanda no ha sido el único hombre sobresaliente en su familia. A ella pertenecía su primo el eminente pensador y literato Juan de Dios Aranzazu, cuyo nombre no ha sido olvidado;

era su sobrino el delicioso y popular poeta antioqueño Gutiérrez González, por cuya muerte vestirá siempre luto la musa colombiana; y es también su sobrino el bizarro General Cosme González, honor y brillo de las armas antioqueñas.

Todo ha cambiado en Antioquia. Lo que en 1810 llamaban simplemente *la Provincia*, en 1876 había venido a ser el opulento, fuerte y altivo Estado de Antioquia; y lo que modestamente se llamaba *La Villa*, es hoy día la rica, hermosa, elegante y culta Medellín, segunda, por su importancia, de las capitales neocolombianas. El pueblo antioqueño, el más vigoroso, el más bello y el más original o *particular* de los que componen la promiscua sociedad colombiana, conservaba en 1810, y aún conserva en gran parte, una interesante amalgama de la piedad, la frugalidad, el patriotismo local y las tradiciones españolas, con las costumbres patriarcales de la raza hebrea; y si es tipo magnífico, lleno de fuerza y energía, al propio tiempo es la prueba irrefutable de la fusión completa de las razas castellana e israelita, operada por la cuádruple acción del catolicismo igualador, del tiempo, del trabajo sin privilegios ni prohibiciones, de la República democrática, hija o hermana del cristianismo.

Si la educación que se daba en Antioquia era patriarcal y católica, la instrucción no pasaba de ser rudimentaria; y esto hace adivinar más que del seno de aquel pueblo sencillo naciesen no solamente héroes como Córdoba y gobernantes como Corral, sino también sabios, tribunos, jurisconsultos e historiadores como Zea y José Félix y José Manuel Restrepo. En Antioquia enseñaban principalmente a los niños a amar a Dios, trabajar con vigor y constancia y vivir con frugalidad y sencillez. Por eso Cosme Marulanda, acaso el más antioqueño de todos los personajes nacidos en Antioquia, ha sido y es católico ferviente, intrépido e incansable trabajador y humildísimo entre todos los ciudadanos eminentes de la República.

La escuela primaria en que fue recibido Marulanda a la edad de diez años no era para ganar entre sus bancos mucho saber: como lo indica gráficamente el veraz autor de unos apuntamientos biográficos que tenemos a la vista, en aquella escuelita de La Ceja «se enseñaban por junto la cartilla, el padrenuestro y poco más del catecismo, y a escribir el abecé en la arena.» Esto o poco más aprendió el joven Marulanda; pero con ello tuvo para el papel que había de representar, porque tenía talento natural, perspicacia, gran corazón, y

en la conciencia los gérmenes del supremo saber: la *fe*, la *probidad* y la *bondad*.

Apenas si tenía catorce años cuando, bajo la protección de sus tios, don José Antonio y don Elías González, se fue a librar desde niño el rudo combate del trabajo en la hacienda de *Carrizales*, a orillas del río Aures, entre los términos de Abejorral y Sonsón. Desde entonces su vida fue siempre la misma: vida de campesino, de agricultor, que andando el tiempo había de ser la de un patriarca, interrumpida de tiempo en tiempo por grandes borrascas, es decir, cada vez que la patria lanzaba un supremo grito de angustia, de alarma delante del peligro inminente o de desesperación en el sufrimiento, grito con el cual llamaba a todos sus hijos al sacrificio del combate; caso en que el campesino patriarca se tornaba en soldado valeroso, lleno de abnegación, de heroica generosidad y de ejemplar desprendimiento.

No en balde el ejemplo de los hombres que nos rodean hace parte de nuestra educación. Don Elías González era hombre de poderosa energía para el trabajo y para dominar todas las dificultades de la lucha social, y su sobrino Marulanda aprendió en la escuela práctica de aquel aguerrido montañés a ser un hombre de singular vigor para la acción productiva y la defensa del derecho. Tenía el joven antioqueño cosa de veintiuno a veintidós años cuando dejó el distrito de Abejorral, siguiendo a su tío, para establecerse en el de Salamina, dedicándose los dos a descuajar montes y breñas a fin de crear en los desiertos montañosos una vastísima hacienda. Objeto de prolongadas disputas con muchos vecinos de Salamina fueron las inmensas tierras que González poseía, y a tal extremo se envenenó la competencia, que ésta costó la vida a don Elías, quedando al cabo transigido el pleito y su sobrino en legítima posesión de extensas propiedades.

Desde entonces caracterizó más y mejor Marulanda aquella existencia que ha hecho de él un patriarca montañés, rodeado de numerosa población, que ha tenido en él su protector generoso y constante en la paz y su caudillo natural en la guerra. Jamás don Cosme ha cobrado alquileres de la tierra a los numerosos colonos (se cuentan por muchos centenares) que pueblan los terrenos de que es propietario en la Cordillera Central, así en las faldas o vertientes antioqueñas como en las del Tolima; y en su apacible ho-

gar y en torno suyo han vivido muchos parientes a quienes él ha tratado como hijos, con aquella sencilla y bondadosa largueza propia de su carácter antiguo.

Vestido a usanza de casi todos los campesinos de Antioquia—camisa de tela fuerte para el trabajo, pantalón muy resistente y algo corto y estrecho, ruana de lana, bien de tejido nacional o de paño extranjero, sombrero *murrapo* de copa baja y alero muy angosto, y los pies desnudos, cuando no calzados con alpargatas,—don Cosme no se diferenciaba de sus compañeros de labor sino por el *tipo*, así en lo moral como en lo físico. Un extranjero que le hubiese visto en sus faenas campestres o en su casa rural o de Salamina, no le habría tomado por el propietario de vastas heredades o de su cómoda pero modesta vivienda, a menos que estuviese en cuenta de las costumbres antioqueñas, sobre todo en las campiñas y aldeas.

Al ver la fisonomía y el ademán de don Cosme se comprende que en sus venas se mantiene en toda su pureza la sangre española.

Mediano y macizo de cuerpo, ligeramente encorvado de hombros, robusto, vigoroso y ágil, insigne caminador a pie, fuerte para resistir penalidades y reposado en sus movimientos, don Cosme tiene no solamente la complexión, sino todos los rasgos característicos de la raza aragonesa o castellana. El cabello corto y poco abundante (ya notablemente encanecido); la frente vasta, noble y correctamente delineada; las cejas muy espesas y de corte vigoroso; los ojos negros, pequeñitos, muy vivos y perspicaces, de mirar suavemente escrutador y de dulcísima expresión; nariz algo corta y aguilena, indicativa de fuerza de voluntad y de energía; los labios delgados, de mediana dimensión, algo comprimidos hacia adentro, pero suavizados siempre por una sonrisa afectuosa; la piel de aquel rosado fresco que es propia de los ancianos muy blancos; el óvalo del rostro lleno, tirando a la redondez, plácido, ingenuo, enteramente apacible y sin rasgo de malicia; y en el conjunto una expresión patente de sencillez y rectitud, un aire inequívoco de entereza y humildad, de infinita benevolencia y dulzura, de reserva tímida y de sinceridad imperturbable; tal apareció a mis ojos primero en su retrato fotográfico y después en el original, al conocerla en Guaduas, la fisonomía del General Marulanda.

Al observarle con atención (y yo sólo pude hacerlo durante media hora) se echa de ver que en su alma reina la sinceridad; que

su conciencia, sin recodos ni raudales, está profundamente tranquila, y que es imposible salga jamás de sus labios una palabra que él mismo no tenga por verdadera y leal. Se comprende que su corazón no ha sido devastado en ninguna época, porque en él no han tenido cabida, ni por un instante, la envidia, la codicia, el orgullo, el odio ni la hipocresía. Se adivina, en fin, la entereza de un carácter que, sin apreciar su propio mérito, casi sin sospecharlo, ni conoce el miedo ni trepida jamás ante el cumplimiento del deber, ni procede con precipitación en cosa alguna, ni retrocede o se desalienta una vez que ha emprendido algo o aplicado a un objeto cualquiera su energía.

Esta energía es tan espontánea y natural en don Cosme, tan profunda en su origen, que es casi silenciosa: él habla en voz baja y suave y con mucha calma, piensa bien lo que dice, y no dice sino lo estrictamente necesario. A las veces su timidez es tal, que ni aun alcanza a expresar todo su pensamiento, dejando que su interlocutor lo complete. Hay que adivinarle una parte de lo que quiere decir, porque él teme ser inmodesto diciéndolo todo. Su alma contiene no sé qué de la pureza de auras de las verdes campiñas y brisas de las altas montañas, del silencio solemne de las breñas casi inaccesibles y de la inmaculada blancura de las nieves que se amontonan sobre los encumbrados lomos del Ruiz, que domina con su hermosura los valles del Tolima y las arrugadas serranías de Antioquia. Pero hay todavía en Marulanda algo superior a la pureza de su conciencia, a la suavidad de su reservado acento y continente, y a la blancura y serenidad de su alma; y ese algo—que es muchísimo, porque es la suprema cualidad del sér humano y el trasunto de la idea cristiana—es su inagotable benevolencia...

Si el amor al trabajo, amor instintivo y de educación, así como su gusto por la apacible vida campestre, retenían ordinariamente a don Cosme Marulanda en el fondo de sus queridas montañas, los acontecimientos del mundo político le arrastraban de cuando en cuando hacia los campamentos. ¿Porqué? Porque si en el alma del honrado montañés reinaban la humildad y la benevolencia, también la señoreaban profundamente dos grandes sentimientos: el patriotismo y la conciencia del deber. De ahí la serie de campañas que desde 1840 hasta 1879 han hecho del patricio de Salamina un soldado tan valeroso y abnegado para empuñar las armas, marchar a la busca del enemigo y combatir como generoso y clemente al es-

cuchar las dianas de la victoria y resignado a sufrir las amarguras y humillaciones de la derrota. En 1851 el partido conservador, irritado aún con su derrota electoral de 1849 y exasperado con las prolongadas violencias del Cauca y la política de exclusión impuesta por las sociedades democráticas, cometió el error de apelar a las armas, lanzándose en una insurrección poco justificada, mal concertada y peor servida. Tocó al General Borrero el grave encargo de encabezarla en Antioquia, y lo hizo sin habilidad ni suficiente valor. Marulanda, que había hecho sus primeras armas en 1840, combatiendo como soldado voluntario y suelto bajo las órdenes de Henao, contra los revolucionarios entonces (los liberales), había saboreado la victoria de Salamina. Tocóle en suerte sufrir en 1851 el dolor de la derrota. Conservador por tradición y amante de su tierra natal, creyó que era deber suyo y común el tomar las armas, toda vez que su partido apelaba a la guerra civil para hacerse justicia y modificar el gobierno de la República. Los pronunciados en el humilde caserío de Manizales (hoy día la segunda ciudad del Estado de Antioquia, ya célebre por muchos acontecimientos) le aclamaron por su Comandante; y él, que apenas había combatido valientemente como simple voluntario, hubo de tomar sobre sí la responsabilidad del mando militar. Marchó resueltamente hacia el Norte, se incorporó en Abejorral en las tropas colectivas de Borrero, combatió para ser vencido como los demás, y una vez hecha por el Coronel Henao la entrega de las armas, tornó a dedicarse a sus labores campestres, sin ingerirse en poco o mucho en las cosas públicas.

Pero en 1854 estalla en Bogotá, como un golpe de Estado dado a los cuarteles, la insurrección militar del General Melo, y al punto los pueblos antioqueños, sin distinción de partidos, se arman para combatir y extirpar la dictadura y salvar el Gobierno constitucional, envían al Ejército del Sur cuatro batallones organizados en Antioquia, Marinilla, Medellín y Salamina, y preparan sus reservas para un caso de necesidad. Marulanda vuelve a tomar las armas, pelea valerosamente en Ríosucio, y cuando cesa el peligro vuelve otra vez a ocultarse modestamente en su hacienda, prefiriendo la sencillez de la vida campesina al trasiego de la política y las rivalidades de los partidos.

Una vez vencida la insurrección de 1854, el poder, por una reacción natural, vuelve a manos de los conservadores. Mallarino tiene

entonces la ocasión de poner de manifiesto en el Gobierno, durante dos años, la política de la moderación, de la legalidad que se desarma para inspirar confianza y amor a la paz, y de la conciliación que procura armonizar por medio de la imparcialidad todos los intereses legítimos. La paz reina en la República, no obstante la profunda transformación operada por las instituciones federativas, y habiendo paz, Marulanda deja arrinconada la espada del Comandante para manejar solamente los instrumentos del agricultor.

Pero a su vez los partidos liberal y radical y el antiguo Jefe militar de los conservadores, se impacientan en 1860 de no tener en sus manos el poder, conciertan alianza formidable contra su propia obra —la legalidad federal establecida de 1855 a 57,—y lanzan la República al abismo de la guerra civil. Fuerza es batallar una vez más, renunciando a las inofensivas campañas del hacha, la azada y la podadera por los del fusil y el sable carnicero. Marulanda sale una vez de su hacienda con el carácter de Comandante del batallón *Salamina*; combate en Manizales con insigne arrojo, contribuyendo mucho a la victoria obtenida allí por el General Posada sobre Mosquera—victoria que dio motivo a la célebre «Esponsión de Manizales»;—hace sucesivamente en defensa del Gobierno constitucional la campaña del Sur, en 1860; la del Norte, en 1861, peleando con porfiada energía en *El Tambo* y después en *Playas* y *Santo Domingo*, y otra vez la del Sur, en 1862, hasta la rendición de Manizales; y dondequiera se distingue por cualidades militares sobresalientes, ora vencedor, ora vencido.

Pero si con el triunfo del partido liberal la causa de Marulanda quedó postrada en toda la República, y él, después de haber cumplido gloriosamente con su deber, se refugió de nuevo en sus queridos lares, aguardando más propicio tiempo para buscar y obtener el anhelado desquite, la misma Constitución dada por los vencedores como remate y coronación de su obra revolucionaria, ofreció a los antioqueños, apenas al finalizar el año (1863), el medio de recuperar siquiera la autonomía de su Estado. En efecto, la Constitución radical, al proclamar como un hecho la soberanía de los Estados, admitía implícitamente la completa descentralización de las revoluciones e imponía al Gobierno General la consiguiente obligación de reconocer la legitimidad de la fuerza como principio de gobierno y por lo mismo los derechos incuestionables de los vencedores, por

ministerio de la victoria, en cualquiera contienda. Lo importante para reivindicar el derecho era pues contar con la fuerza suficiente para vencer y organizar con habilidad la lucha y el gobierno de hecho que emanase del triunfo.

Estos fueron (porque tenían de su parte la inmensa superioridad del número, de los intereses y de las inteligencias) los elementos con que los antioqueños recuperaron su autonomía política, reconocida en 1864 por el Gobierno General. Marulanda fue de los principales, siempre a la cabeza de los valerosos hijos de Salamina, en concurrir a la lucha, y su oportuna concurrencia al memorable campo de *Cascajo* decidió la victoria en favor de la reacción, la cual dio en tierra con el Gobierno del señor Bravo, en mucha parte impuesta por el General Mosquera. Allí dejó de ser Marulanda el simple Comandante de batallón de las campañas anteriores, porque el Gobierno de Antioquia le otorgó, en justo premio de sus multiplicados y notorios servicios, el grado y empleo de General, confiándole en seguida, en lugar del mando de su antiguo batallón, el de la división *Salamina*. Gran sorpresa causó al bizarro y modesto Comandante el verse ascendido a General, sin miramiento a las usuales reglas del escalafón, y hubo que vencer su resistencia para aceptar una posición como ésta, que a él le parecía muy superior a sus merecimientos y aptitudes, acaso por faltarle los conocimientos teóricos de la milicia y no haber servido en ella con todos los grados inferiores. En realidad, si algo había de improvisado en aquella posición era el título de General, que no el honor; honor adquirido con perfecta justicia en la conciencia de sus conciudadanos, y había no pocos en el partido liberal que habían salido de la guerra civil hechos generales o coroneles, sin haber asistido a ninguna batalla, o que habiendo comenzado una campaña como simples voluntarios con algún grado improvisado, al fin de ella se encontraban con charreteras estrelladas sobre los hombros, enteramente convertidos del doctrinarismo radical de la vispera al militarismo.

Volviendo a nuestro General campesino, que jamás ha usado uniforme ni distintivo alguno de mando, sus servicios en el Sur fueron de la mayor importancia, bajo el Gobierno provisional de Antioquia, y aun estuvo en marcha hacia el Tolima con su gallarda división, transmontando ésta el páramo de Herveo como vanguardia del Estado, para hacer frente al Gobierno General, cuando éste estuvo a punto de

declararle la guerra. Contramarchó al saber que el Gobierno del Estado había sido reconocido, y como siempre, después de servir como soldado, envainó la espada para tornar a esconder en sus agrestes campos la notoriedad que le acompañaba.

Cuando en 1867 Mosquera lanzó a la República el audaz reto del 29 de abril, Antioquia se armó prontamente para defender el régimen constitucional que el partido liberal le había impuesto, organizando con rapidez algunas divisiones, que iban a reivindicar el derecho nacional; y ya el General Marulanda se movía con la suya por la vía del Ruiz y el Libano hacia el norte del Tolima, cuando la conspiración cuasimilitar del 23 de mayo volcó la dictadura, confiscando el poder federal, con un golpe de mano a favor del radicalismo, ya veterano en el arte de conspirar y en las maniobras de la guerra.

Nueve años de completo reposo logró tener el General Marulanda, dedicado exclusivamente a sus labores campestres y a ejercer amplia y sencillamente la beneficencia, merced a la paz y prosperidad que Antioquia pudo procurarse bajo la inteligente, varonil y juiciosa administración del doctor Berrío, uno de los hombres que más se han distinguido en la nueva Colombia por su rectitud y firmeza, su previsión y espíritu organizador. Pero la República estaba fatalmente condenada por sus instituciones a no gozar de larga paz, minados como estaban los principios de unidad nacional, de legitimidad en el origen del Gobierno y de moralidad en la política.

Provocada como fue la revolución por los más escandalosos desafueros de los gobernantes y una manifiesta usurpación del poder público, aquélla estalló primero en el Cauca, donde la situación era más tirante, lo que sirvió de pretexto al Gobierno General para una intervención, tan desacordada y desleal como funesta, y para soltar riendas a una política insidiosa contra los Estados del Tolima y Antioquia. En breve se generalizó la guerra civil adquiriendo formidables proporciones, y Antioquia hubo de representar el principal papel en la contienda, desplegando todas sus fuerzas y encabezando, en cierto modo, los movimientos del partido conservador. Innecesario es hacer notar que Marulanda dejó al momento su retiro para ocupar el puesto que le correspondía en el ejército antioqueño. Organizó su división, marchó para el Cauca, combatió con admirable bizarría en *Los Chancos*, haciendo supremos esfuerzos

por alcanzar la merecida victoria y evitar en lo posible las consecuencias del desastre, y luégo defendió su causa hasta el último instante, pasando por el inmenso dolor de verla sucumbir en Manizales en 1877.

La persecución de que fue objeto desde el 5 de abril de aquel año, así en su persona como en sus bienes, obligó a Marulanda a refugiarse en sus tierras de *Plancitos*, sobre la cordillera, del lado del Tolima; pero aprovechando hasta su desgracia para hacer el bien, se aplicó a fundar, con sus colonos y compañeros de infortunio, una nueva población, que luégo fue designada con el nombre de *aldea de Marulanda*. Mas ni por un momento perdió de vista el noble interés de la redención de su patria, sujeta, como país conquistado, a todas las humillaciones y miserias consiguientes a la acción de un Gobierno advenedizo, impuesto por la ley de la fuerza para hacer imperar la salvaje política de la persecución, la expropiación, la violación de todos los derechos y el olvido de todo principio de justicia. Candoroso en su patriotismo, crédulo por carácter y por el deseo del bien, dejóse alucinar por faíaces promesas que en breve habían de ser desmentidas por los hechos; y perdiendo la esperanza de una reivindicación del derecho, fundada en los recursos de la paz, se lanzó en la desacordada y desastrosa reacción de eneró del último año, cuyo desgraciado éxito sirvió de pretexto a la espantosa recrudescencia de iniquidades de que ha sido víctima el Estado antioqueño, llamado con razón «la Polonia colombiana.»

La lucha fue de corta duración y en todas partes desgraciada para los conservadores antioqueños, y como de costumbre, tocó en suerte a Marulanda ser de los primeros en tomar las armas y de los últimos en rendirlas. El combate que sostuvo en Salamina, con 200 hombres mal armados, resto de su división, contra 600 soldados aguerridos, fue verdaderamente heroico, y en él, peleando sin esperanza alguna, dio las últimas pruebas de aquel valor tranquilo y sereno, de aquella entereza de alma y grandeza de abnegación que le han distinguido en todos sus conflictos militares. El destierro y la expropiación han completado para él el desastre de la derrota sufrida por su noble causa; y hoy día, cuando la nieve del tiempo va cubriendo su cabeza, siempre levantada con dignidad para solicitar el peligro haciendo todo sacrificio, su grande alma devora si-

lenciosamente el infinito dolor de ver a su patria bajo el yugo de unos hombres convertidos por ministerio de la fuerza brutal, que todo lo atropella, en explotadores oficiales, que no gobernantes de un pueblo honrado, inteligente y laborioso, digno de afortunada suerte.

Sin embargo, el General Marulanda puede aguardar la muerte con tranquilidad, y ver sin aflicción personal, en los días melancólicos de su avanzada edad, los testimonios patentes del infortunio popular aglomerados en el seno de Antioquia. El tiene, en medio de la común debilidad, la invencible fuerza de un carácter templado por la dignidad de una conciencia satisfecha de su obra... Merced a esta fuerza pudo, el día que sus vencedores le pasaron por las calles de Medellín, venerable prisionero, dejarse lapidar tranquilamente por la menguada muchedumbre, sin pronunciar una palabra, y abrumando a los que le ultrajaban con sólo mostrarles la serenidad de su frente de hombre de bien y la grandeza de un corazón antiguo que jamás ha flaqueado! Merced también a sus virtudes, sufrió con entereza los ultrajes de la prisión, así como después recibió en Bogotá, sin vanidad ni orgullo, la ovación silenciosa con que el partido conservador supo decirle: ¡Honor al patriotismo desgraciado y gloria al infortunio del hombre de bien que ha sido vencido!

La vida militar del General Marulanda ha sido tan bella y pura como su vida privada. Siempre logró con el ejemplo, el cariño y la benevolencia conducir al combate a sus amigos, improvisando, con sólo el poder de ascendiente personal, batallones y divisiones de soldados voluntarios; de ordinario costó con sus propios recursos los gastos ocasionados por las tropas que comandaba; en todo caso trató con suavidad y dulzura a sus subordinados, haciéndose fácilmente obedecer; en las marchas anduvo casi siempre a pie, a la cabeza de sus tropas, dando constante ejemplo de frugalidad y sobriedad, desinterés para servir y conformidad y paciencia para sufrir; en los combates fue valeroso hasta el heroísmo, impávido y dueño de sus movimientos; en las victorias se mostró generoso y elemente, protegiendo a los vencidos como hermanos en desgracia, rechazando toda idea de persecución o de venganza; después de las derrotas nunca se desalentó, ni vencido se humilló, ni jamás prevaricación alguna mancilló la pureza de sus convicciones; y en toda circunstancia, sin excepción, tan luégo como hubo prestado sus servicios a la Patria, tornó modestamente a esconder en su querido hogar de

patriarca montañés la gloria que ceñía su frente de patriota y de intrépido soldado.

Así el General Marulanda deja ya asegurada su página en la historia de los últimos cuarenta años de la República; tiene ganado por cien títulos el derecho a la veneración de sus conciudadanos, y su vida servirá de saludable ejemplo a cuantos quieran honrar su propio nombre y crearse ejecutorias de nobleza republicana, con la práctica de las austeras virtudes que hacen al hombre buen cristiano, es decir, hombre de bien a carta cabal, digno jefe de familia y esclarecido ciudadano.

La última guerra civil exhibió con alto honor en las filas de un partido, y casi en los dos extremos de la vida, dos tipos, entre muchos otros, dignos de profunda simpatía y respeto, de los cuales el uno, Marulanda, parecía encarnar la madurez, y el otro, Sebastián Ospina, la juventud del partido conservador. No desesperemos de la suerte de un pueblo que ha tenido en su seno, en estos tiempos, jóvenes héroes como Sebastián Ospina y ancianos eximios como el General Marulanda.

Enero 1.º de 1880.